

diálogo.

(Del lat. dialōgus, y este del gr. διάλογος)

1. m. Plática entre dos o más personas, que alternativamente manifiestan sus ideas o afectos.
2. m. Obra literaria, en prosa o en verso, en que se finge una plática o controversia entre dos o más personajes.
3. m. Discusión o trato en busca de avenencia.

C I C L O D E D I Á L O G O S

ESPAÑA CATALUNYA PLURAL

I. Lo que nos dice la historia/
La historia por escribir

II. Sociedades secuestradas

Fundación Diario
Madrid 

Asociación de Periodistas  Europeos

ÍNDICE

PRÓLOGO

Houston, tenemos un problema 6

PRIMER ENCUENTRO (Madrid, 3/7/2013)

Lo que nos dice la historia / La historia por escribir 13

José Álvarez Junco

Catedrático de Historia en la Universidad Complutense de Madrid

Joaquim Coll

Historiador y articulista. Autor de *A favor de España y del catalanismo: un ensayo contra la regresión política*

Con la moderación de Miguel Ángel Aguilar

SEGUNDO ENCUENTRO (Barcelona, 3/10/2013)

Sociedades secuestradas 63

Francisco Rubio Llorente

Jurista y expresidente del Consejo de Estado

Manuel Cruz

Catedrático de Filosofía en la Universidad de Barcelona

Con la moderación de Miguel Ángel Aguilar y Rafael Jorba

Houston, tenemos un problema

Miguel Ángel Aguilar

Houston, tenemos un problema (*Houston, we have a problem*) es la versión popular de la frase que el astronauta Jack Swigert pronunció al observar una luz de advertencia acompañada de un estallido en el panel de instrumentos del Apolo XIII en el que viajaba. Fue grabada a las 21,08 horas del 13 de abril de 1970 y en el original suena como «OK, Houston, we've had a problem here». Es decir, que Swigert usó el verbo en pretérito perfecto en vez de en presente de indicativo. En cualquier caso, esa manifestación oral respondía a las señales luminosas percibidas en la cabina del módulo espacial, que indicaban la pérdida de dos de las tres fuentes generadoras de energía. Desde entonces, la frase se ha convertido en un latiguillo usado para dar cuenta, de manera informal, del surgimiento de un problema imprevisto.

La advertencia aplicada a nuestro caso sería «¡ciudadanos, tenemos un problema!». Las luces de advertencia son las referentes a Cataluña y llevan encendidas de manera clamorosa al menos desde hace año y medio. Su haz luminoso brilla con intensidad desde la sentencia del Tribunal Constitucional que invalidó parte del articulado del nuevo Estatuto de Autonomía aprobado en referéndum, que andaban impugnando con recogida de firmas por toda España las huestes del Partido Popular. Los recolectores exhibían así sus convicciones, pero trabajaban también a favor de una rentabilidad electoral calculada en territorios propicios a soliviantarse mediante la agitación del espantajo del ventajismo. Se aprobaron después otras reformas estatutarias, en Comunidades Autónomas como Andalucía o Valencia, que incluyeron disposiciones análogas a las del de Cataluña, pero pasaron sin rozar el larguero porque la atención seguía fija en un solo punto.

Volviendo al símil aeroespacial, recordemos que los lanzamientos del programa Apolo de la NASA habían adquirido ya tal regularidad que era patente el decaimiento

del interés público suscitado en sus inicios. Fue el riesgo surgido en el Apolo XIII el que devolvió esta aventura al primer plano de la atención mundial. Como tantas veces, por ejemplo en la fiesta de los toros, era el riesgo añadido al arte o a la tecnología el que recuperaba la pasión por el espectáculo. Era la posibilidad del desastre, cuya expectativa crecía de manera directamente proporcional a su probabilidad, la que suscitaba y multiplicaba la angustia del espectador. Por eso se cuelga en las taquillas el cartel de «no hay billetes», la afición llena las plazas y quedamos prendidos por la retransmisión en directo del acontecimiento taurino o de la aventura espacial. Del mismo modo ha sucedido en el plano de la política.

Entre nosotros la normalidad democrática también produjo fatiga del interés y facilitó el desencanto. El ritmo de los acontecimientos se fue calmando, los efectos dejaron de ser fulminantes y se oscurecieron los éxitos políticos vividos a la salida de la dictadura. Se difuminó la memoria del empeño que impulsó los avatares de la que acabamos denominando Transición, como si la hubiéramos incorporado «sin esfuerzo», al modo engañoso del lema de Assimil para el aprendizaje del inglés. Parecía cumplirse el principio de que sólo se valora aquello de lo que se ha carecido. El proceso que nos llevó «de la ley a la ley pasando por la ley» suscitaba gran admiración, reventaba pronósticos adversos y se basaba en la racionalidad cartesiana. El discurso del método presagiaba el resultado. Porque la paz no brota del cañón de los fusiles ni las bayonetas sirven para sentarse en ellas, mientras que el diálogo sí dio paso a la reconciliación. En aquellos días los españoles abandonaron sus propensiones pasionales de calenturientos ribereños del mediterráneo para comportarse con la fría racionalidad de los bálticos. Y así, sin quererlo, fuimos erigidos en ejemplo por quienes andaban en intentos parecidos, como polacos o chilenos.

Habíamos superado el deporte de las guerras civiles, que tanto atraían a los enviados especiales y eran campo abonado para hispanistas ambiciosos de éxitos editoriales y académicos. Nos instalábamos en la normalidad democrática de nuestros circunvecinos. Dejábamos de ofrecer espectáculo. Pasábamos en pocos años a ser

cabezas tractoras de la construcción europea. Y nuestras Fuerzas Armadas abandonaban la función de sostener un régimen que negaba el ejercicio de la soberanía y la vigencia de las libertades públicas, cambiaban sus lealtades, dejaban de sentirse huérfanas del dictador, se alineaban con la nueva democracia y se convertían en respaldo de la política exterior bajo las órdenes del Gobierno salido de las elecciones.

Está probado de modo indeleble que ningún intento de ingeniería social ha cambiado la naturaleza humana ni ha servido para engendrar al «hombre nuevo» del cristianismo o del marxismo. Una reciente lectura de las *Sátiras, epístolas y arte poética* de Horacio, en versión premiada del profesor José Luis Moralejo, confirma la invariabilidad de las pasiones que nos mueven, la propiedad que revisten de ser inatacables por los ácidos de la modernidad; su inmunidad frente a la erosión de las nuevas tecnologías, que tanto nos maravillan sin ser más que un acelerador o un decorado irrelevante. De cualquier manera, la Transición tampoco nos redimió del estado de «naturaleza caída». Así que las corrupciones y demás actitudes degeneradas asomaron el rostro de algunos de los travestidos de ocasión e incluso de algunos de sus indiscutidos protagonistas cuando quisieron cobrarse en efectivo los servicios prestados. Fue también, en parte, un caso más de la revolución, o más bien de la Transición, traicionada.

En cuanto a Cataluña, sucede que el más elemental reconocimiento de la realidad nos obliga a repetir «¡ciudadanos, tenemos un problema!». Podrán discutirse los orígenes remotos o próximos; atribuirse las causas al Gobierno de la Generalitat, a las fuerzas políticas o a los movimientos sociales; considerarse la legitimidad o la falacia de los argumentos; advertirse los efectos derivados de las actitudes ponderadas o de las exaltadas; analizarse la incidencia de los medios de comunicación; señalarse las tergiversaciones interesadas; admirarse las falsificaciones históricas; anticiparse las posibilidades y los daños sobre la población inerme, obligada a una elección desgarradora; abrirse los banderines de enganche en el patriotismo bajo sentimientos o conveniencias; detestarse el trazado de la línea separadora entre los buenos y los malos catalanes... Pero tenemos un problema innegable. Adviértanse los térmi-

nos de la afirmación. Porque, si bien el problema presenta unos contornos específicos que afectarían sólo a los catalanes, hay otros que inciden sin excepción sobre todos los ciudadanos a tenor de lo que haya de resultar. Quede, por tanto, fuera de duda que los ciudadanos no catalanes estamos también concernidos de manera radical en la definición y en los pactos originarios de los que derivan nuestra ciudadanía y nuestras libertades.

Evitemos las cabezas que embisten y favorezcamos las que piensan. Sepamos, como ha escrito un periodista amigo en un diario catalán, que los moderados traen de serie un equipamiento temperamental *ad hoc*, de la misma forma que los extremistas vienen provistos de una dotación genética apropiada para la combatividad. De ahí que los extremistas cambien de un extremo a otro sin problemas, adaptados como están con branquias para respirar bajo las aguas más encrespadas. Sepamos también que, cuando las circunstancias ambientales dan prevalencia a la moderación, es en ese terreno donde las fuerzas políticas contendientes buscan ganarse el respaldo electoral. Pero cuando se dispara el antagonismo la moderación se desertiza, tiende a convertirse en esa tierra de nadie que todos abominan, infunde sospechas a los alistados en el entusiasmo de cualquiera de los extremos de la disputa y pasa a considerarse la residencia de los traidores.

Aceptemos de igual modo el contrasentido que representa anidar en la moderación y enrolarse en la primera línea del combate. Escribió Ernst Bloch que «la razón no puede prosperar sin esperanza ni la esperanza expresarse sin razón». Y de ahí que las expresiones moderadas para manifestarse precisen la apertura de un espacio templado donde disentir pueda ser un ejercicio cívico y alinearse un reflejo de servidumbre voluntaria. Sólo así los talentos moderados dejan de sentirse, al expresar sus posiciones, empujados hacia el umbral de una clandestinidad para la que están muy mal equipados. En caso contrario, sus argumentos se perderán en el estruendo enfurecido de los contendientes, que disponen, además, de la mejor y más potente megafonía, dado que las actitudes tienden a conformarse en relación con las expectativas.

Bastaría un repaso respetuoso de la historia para confirmar que todas las causas que fracturaron España dividieron del mismo modo y simultáneamente a Cataluña. La Guerra Civil tuvo en ambas trincheras combatientes de indiscutible procedencia catalana, como sucedió en otros lugares de España. Se habla con exactitud de los catalanes de Burgos, como cabría hablar en menor proporción de los vascos, los gallegos, los andaluces, los leoneses o los murcianos. A la inversa, cabe hablar de los represaliados o de los fusilados por Franco, sin olvidar que donde más se fusiló en la posguerra fue en Madrid. Y el gozo por la proclamación de la Segunda República fue igualmente compartido. Pero la escisión española y catalana se produjo más atrás, en torno al golpe que llevó al poder al general Miguel Primo de Rivera. La Primera República fue catalana y también el general Prim y el apadrinamiento de Amedeo de Saboya. La pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas fue ruinosa a uno y otro lado del Ebro. Antes, de los negocios y del tráfico de esclavos se lucraron próceres con variada denominación de origen. La Guerra de la Independencia probó que la libertad no puede exportarse con armas y contó con los combatientes catalanes, como catalanas fueron muchas de las aportaciones a la Constitución de Cádiz de 1812. En cuanto a los pretendientes –Borbón y Habsburgo– de la Guerra de Sucesión, ambos contaron con efectivos catalanes en sus filas. El compromiso de Caspe de 1412 para nada fue una conspiración adversa, ni a estas alturas puede impugnarse la validez del matrimonio pactado en 1137 entre Petronila, heredera de la corona de Aragón, y el conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV.

De vuelta a la cuestión, sabemos intransferibles las responsabilidades que cada ciudadano tiene respecto al problema abierto en Cataluña y, por ende, en toda España. De ahí que la Fundación Diario Madrid –donde siguen a bordo quienes trabajaron en el periódico defendiendo las libertades hasta merecer el cierre dictado por el régimen franquista– y la Asociación de Periodistas Europeos –inscrita en los ejes de coordenadas de las libertades de expresión y de la construcción de la Unión Europea– decidieran hacer esta propuesta ciudadana. Sus directivos estaban convencidos,

al igual que nuestro hidalgo en el episodio de los leones, de que bien podrán los encantadores quitarles la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible. Ése es el origen de este Ciclo de Diálogos, «España plural / Catalunya plural», que empezó a idearse cuando el 14 de mayo de 2013 José Pedro Pérez-Llorca, presidente del Real Patronato del Museo del Prado, hizo entrega del Premio de Periodismo Diario Madrid al periodista catalán Rafael Jorba. Ahí se encendió la chispa iluminadora de un espacio de reflexión inteligente que permitiera contrastar posiciones, frente al alud de los promotores del antagonismo cainita empeñados a partir de la desnaturalización del rival en el proceso de diseminar la discordia civil.

Aceptemos con Luuk van Middelaar, en su libro *El paso hacia Europa*, que hablar no es inocente, que no existen términos neutros, «científicos», para referirnos a los acontecimientos políticos, pero también que ello no significa que a quien rehúse ser ideólogo de alguna causa política sólo le quede la opción de callar. Desde el convencimiento de que existen otras opciones, te hacemos entrega, amigo lector, de estas páginas –transcripción editada por nuestra coordinadora, la periodista Rosa Paz– de los dos diálogos iniciales del ciclo en marcha. El primero, «Lo que nos dice la historia / La historia por escribir», mantenido en Madrid, en nuestra sede de la calle Larra 14, por José Álvarez Junco y Joaquim Coll; el segundo, «Sociedades secuestradas», celebrado en el barcelonés Col·legi de Periodistes de Catalunya, con la participación de Francisco Rubio Llorente y Manuel Cruz.

Su aparición impresa inaugura la serie donde difundiremos, de dos en dos, los sucesivos diálogos celebrados con sede alternativa en cada una de las dos ciudades elegidas y, tal vez, en otras que pudieran sumarse. El eco que tuvieron en su día estos diálogos y el interés suscitado por conocerlos en su integridad nos han movido a presentarlos ahora en papel, la forma que sigue siendo preferida por quienes se sirven del documento como elemento de trabajo. Ojalá contribuyan también a que los moderados dejen de ser considerados los sospechosos habituales. Veremos.

C I C L O D E D I Á L O G O S

ESPAÑA CATALUNYA PLURAL

I. Lo que nos dice la historia/
La historia por escribir

Fundación Diario
Madrid 

Asociación de Periodistas  Europeos

PRESENTACIÓN

Una frase de Paul Valéry que citó el historiador Joaquim Coll resume con bastante precisión el objetivo de este primer diálogo, «Lo que nos dice la historia / La historia por escribir». Para Valéry «la historia es el producto más peligroso que ha elaborado la química de la inteligencia». Por eso advirtió que «hace soñar embriaga a los pueblos, los hace concebir falsos recuerdos, exagera sus reflejos, mantiene abiertas las heridas, los atormenta, los lleva a un delirio de grandeza o al de la persecución, hace que las naciones se vuelvan amargadas, soberbias o vanidosas».

Esa reflexión vale para todos los nacionalismos, que entierran sus raíces en una cierta interpretación de la historia, obvian otras versiones del pasado y rehuyen cualquier visión crítica o compartida de los acontecimientos pretéritos. Los preparativos de la conmemoración del tricentenario de la caída de Barcelona el 11 de septiembre de 1714, durante la guerra europea por las sucesión al trono de España, y la convocatoria para la ocasión por cuenta de la Generalitat de Catalunya de un simposio titulado «Espanya contra Catalunya» pueden verse como un ejemplo de cómo intereses políticos inmediatos esconden opiniones y actitudes que favorecerían una mayor comprensión mutua. Peligros implícitos en las interpretaciones que se hacen de «lo que nos dice la historia» que fueron sometidos al análisis de los historiadores José

Álvarez Junco y Joaquim Coll, quienes aportaron posibles vías de solución para sortearlas, en lo que podría ser un esbozo de «la historia por escribir». Ambos recordaron que «el catalanismo se ha visto a sí mismo desde sus orígenes como motor de España» y ambos coincidieron en la necesidad de hacer, por tanto, «una afirmación de ese catalanismo no excluyente, el que está integrado en una concepción de la España plural».

Álvarez Junco sostuvo además la necesidad de «superar el ideal de nación», no sólo en lo que se refiere al Estado-nación –que consideró caduco– sino también el ideal de nación como concepto homogéneo, como ente que sustituye a la religión, que trasciende la vida de las personas. «En el mundo en que vivimos eso es imposible, porque ya no hay sociedades homogéneas», dijo.

Coll, por su parte, alertó de la posibilidad de que en Cataluña se viva algún tipo de «episodio insurreccional», dada la carga emocional acumulada en los últimos tiempos como consecuencia del discurso nacionalista del expolio y la afrenta, del «España nos roba», del «España no nos quiere», que cunde de modo recíproco en algunas respuestas encendidas.

Rosa Paz

El primer encuentro del ciclo «España plural / Catalunya plural» se celebró en la sede de la Fundación Diario Madrid el 3 de julio de 2013. Bajo el título «Lo que nos dice la historia / La historia por escribir». Participaron en el diálogo:

José Álvarez Junco

Catedrático de Historia en la
Universidad Complutense de Madrid



Joaquim Coll

Historiador y articulista. Autor de
*A favor de España y del catalanismo:
un ensayo contra la regresión política*



Con la moderación de Miguel Ángel Aguilar



José-Vicente de Juan

Patrono delegado de la Fundación Diario Madrid

El acto que hoy nos convoca inicia un ciclo de diálogo y debate en torno a las relaciones entre Cataluña y el resto de España. Su objetivo es la búsqueda de salidas a la actual situación, tomando distancia de las posturas extremas que cada día vemos avanzar con mayor fuerza. Tengo que reconocerles que hemos organizado este primer encuentro con la mayor urgencia para situarnos antes de la diáspora veraniega y también para no perder el pulso de los últimos estímulos que hemos recibido en esta casa, la Fundación Diario Madrid, una institución que recoge el espíritu de pluralismo, independencia y defensa de las libertades democráticas que en su momento abanderó el diario *Madrid*, cerrado hace ya más de cuarenta años por la incomprensión del anterior régimen. Para quienes trabajamos o colaboraron en aquel *Madrid*, la ambición del periódico no fue otra que la de ser el prólogo de la ya inmediata Transición.

Esta casa ha tenido siempre una sensibilidad especial hacia el tema que hoy nos convoca. El diario vespertino madrileño tuvo en sus últimos cinco años, los que hemos denominado como el «*Madrid* independiente», una excelente información y opinión sobre Cataluña, a través de las noticias y columnas de sus corresponsales y líderes de opinión. Después, tras los años de silencio que siguieron al cierre del periódico, se creo la Fundación Diario Madrid, cuyo premio anual de periodismo, que alcanza la decimotercera edición, se ha concedido a tres notables periodistas catalanes: Ricardo Estarriol, Carlos Sentís y, en su edición del pasado año, a Rafael Jorba.

Fue precisamente con motivo de la entrega del premio a Rafael Jorba, columnista de *La Vanguardia* y uno de los principales responsables de su edición en catalán, cuando sentimos la necesidad de progresar en los argumentos en los que se apoyó el jurado del Premio de Periodismo Diario Madrid para otorgárselo a este gran periodista: «...una labor en todo momento encaminada a reforzar el sistema democrático y el desarrollo de las instituciones establecidas en la Constitución de 1978, con especial atención a las que sirven para dar respuesta política a las tensiones territoriales [...] ha defendido la importancia de promover una segunda laicidad de las instituciones como fórmula para evitar los esencialismos nacionales, además de los religiosos [...] para premiar a un representante del pensamiento catalanista, una corriente primero asfixiada por el centralismo autoritario y ahora marginalizada por el independentismo. La visión de España defendida por Rafael Jorba desde Cataluña cuestiona la visión castellanista promovida por un reductor nacionalismo español, de la que acabaron siendo víctimas tanto Castilla como el resto de España».

Había que hacer algo más. Jordi Casas, todavía delegado de la Generalitat de Catalunya en Madrid, nos animó a ello: «¡Qué pena que este acto no se hubiera podido celebrar en Barcelona! Me hace pensar que el abrazo entre el *seny* y el sentido común es posible». Pocas semanas después presentábamos en la sede de la calle Larra de la Fundación Diario Madrid el libro del periodista catalán Gil Toll, *Heraldo de Madrid: tinta catalana para la II República española*, cuya edición apoyamos. Y nuevamente sentimos la necesidad de progresar en la búsqueda de espacios de encuentro.

Así, la Asociación de Periodistas Europeos y la Fundación Diario Madrid nos pusimos de acuerdo para iniciar este ciclo. La idea es que éste sea un ámbito de debate

que se celebre en dos escenarios, Madrid y Barcelona, alternativamente, a lo largo de un curso. El formato que hemos establecido es la intervención de dos personalidades, dos formas de pensar, dos interpretaciones de la realidad y de la historia, moderados por periodistas vinculados a Barcelona y a Madrid. El contenido de los debates será editado en forma de libro al final del ciclo, además de reproducirse íntegramente en audio en las páginas web de la Asociación de Periodistas Europeos y la Fundación Diario Madrid.

Doy la palabra al moderador, el periodista Miguel Ángel Aguilar, secretario general de la Asociación de Periodistas Europeos y vicepresidente de nuestra Fundación, así como la bienvenida a los profesores José Álvarez Junco y Joaquim Coll, a todos ustedes y, muy expresamente, el agradecimiento del patronato de la Fundación Diario Madrid a los responsables de la Asociación para la Defensa de la Transición y de la Fundación Transición Española, que destacan entre quienes nos han animado y han hecho suya la convocatoria para este ciclo, que ha sido capaz de desbordar el aforo de nuestra aula de actos.

Miguel Ángel Aguilar

Creo que hay que entrar directamente en materia. No voy a dar muchos detalles –lo ha explicado muy bien José-Vicente– de cómo salta la chispa que nos lleva a poner en marcha este ciclo de diálogos.

De lo que se trata es de ser capaces de llegar a gentes como las que habéis venido aquí, de conseguir que estos diálogos sean un incentivo para la reflexión inteligente, una reflexión que, cuando se ha empleado, ha dado unos resultados espléndidos de los que ahora, a veces, se quiere hacer cenizas. Me refiero a la Transición y a tantas otras cosas que se han hecho con un diálogo reflexivo e inteligente y sin separarse en las abstracciones, sino realizando lo que se llama la función clorofílica. Es decir, ir sintetizando a partir del oxígeno y del nitrógeno esa savia que hace que las plantas crez-

can. Vamos a ver si somos capaces de hacer aquí también la función clorofílica. Veo muchos brotes verdes y ya se sabe que para que la función clorofílica se produzca hace falta ese color en las plantas.

Se pone pues en marcha este tren, este AVE Madrid-Barcelona, que haremos alternativo. Como se explica en el arranque del libro de Joaquim Coll y Daniel Fernández *A favor de España y del catalanismo: un ensayo contra la regresión política*, hay ahí mucho ruido que debemos filtrar para quedarnos con alguna cosa realmente valiosa. Yo le agradezco muchísimo que haya venido.

El profesor José Álvarez Junco estuvo aquí, no hace mucho, para presentar un libro sobre la historia del *Heraldo de Madrid*, que es el periódico del que se incautaron las fuerzas «victoriosas» en marzo del año 1939, para lanzar desde ahí, sobre esas instalaciones, esas rotativas, el diario *Madrid*, que posteriormente fue entregado a un franquista indudable como era Juan Pujol. Fue muy interesante conocer la historia del *Heraldo de Madrid* y el subtítulo del libro, que dice «Tinta catalana para la II República Española», es la demostración de cómo interesaba entonces en Cataluña, en Barcelona, estar presentes en Madrid con una propuesta política y periodística.

El profesor Álvarez Junco acaba de presentar hace unos meses un libro, que es el tomo decimosegundo de esa *Historia de España* que dirigen Josep Fontana y Ramón Villares, y que me ha costado muchísimo encontrar, seguramente porque vive esa experiencia apasionante de la clandestinidad. Porque ni siquiera en Marcial Pons —que es una de las dos editoriales, con Crítica, que lo ha coeditado— decían tener ninguna noticia; una cosa admirable. Yo les pido a ustedes que se sumerjan en esa clandestinidad apasionante para conseguir este tomo, que ha dirigido, y en el que hace aportaciones de máxima relevancia, José Álvarez Junco.

Porque vienen muy al hilo de lo que vamos a debatir aquí. Lo que hace Álvarez Junco en ese libro no es exactamente un repaso de la historia. Lo que hace es explicar cómo se ha escrito esa historia, desde qué ángulo se ha escrito, con qué objetivo se ha escrito, qué trabajo han hecho los historiadores de cabecera; que es un género

muy antiguo por el que él hace una cabalgada muy inteligente. Porque todo el que estaba en el poder entonces, igual que ahora, quería que alguien reescribiera la historia de tal manera que su presencia en el poder fuera la consecuencia natural, lo que esperábamos, el advenimiento de todos los bienes. Y, para eso, en el pasado muchas gentes necesitaban que alguien les escribiera, les enlazara con las dinastías o con las antigüedades o con los mitos más relevantes para, de esa manera, formar parte de lo más valioso de la historia. Esto está entre nosotros desde siempre. Desde Covadonga para delante cada uno hizo esos encargos a los historiadores de cabecera, a los monjes distinguidos, a los que tenían alguna cultura que podía ser funcional a esos efectos. Creo que descomponer esos elementos y presentarlos con inteligencia y con rigor es un trabajo extraordinariamente valioso en un momento como éste.

La pretensión de este ciclo no es otra que contribuir al debate inteligente. En los sucesivos encuentros procuraremos mantener esta línea que iniciamos hoy, que trata de demostrar pluralismo y apertura y que huye de cualquier sectarismo y de cualquier intención perversa.

Le pediría al profesor Álvarez Junco que diera unas pinceladas sobre estos temas. Después se lo pediré también a Joaquim Coll para, a continuación, empezar el diálogo y dar también participación a los que habéis querido acudir aquí.

José Álvarez Junco

Muchas gracias, Miguel Ángel. Como siempre, es un gusto estar aquí. Te agradezco especialmente que hayas hecho publicidad de mi libro, porque está pasando desapercibido y me ha llevado unos cuatro años de trabajo. Si a alguien le interesa la historia de la historia de España, ahí tiene una aproximación a ese tema.

Venimos hoy a debatir fundamentalmente el libro de Joaquim Coll y de Daniel Fernández, *A favor de España y del catalanismo*. Tengo que decirles que no va a ser fácil el debate por una razón muy sencilla, porque estoy bastante de acuerdo, bá-

sicamente de acuerdo. Creo que es un libro bien intencionado, inteligente, que tiene muchas cosas sensatas. Su tesis central, para quienes no lo hayan leído, es que hay que hacer una afirmación del catalanismo, pero de un catalanismo no excluyente, de un catalanismo que no es ajeno a España, sino que está integrado en España, en una concepción de España plural, de España plurinacional. A favor del catalanismo como motor de España, como quiso ser el catalanismo clásicamente, como quisieron ser el regionalismo y el nacionalismo catalán en el pasado. Si hay algún punto en que podamos debatir, en el que pueda haber algo de desacuerdo, es en esa idea de la España plurinacional, nación de naciones, que ellos sostienen; reconociendo que España, desde luego, no es una nación única y homogénea, con una única cultura, sino que es plural, que no es sólo un Estado, sino que es mucho más que un Estado.

Miguel Ángel Aguilar

Creo que tú, en uno de los intercambios por correo electrónico que le brindamos a la NSA americana para ilustrarles sobre estos asuntos, me proponías variar la denominación del ciclo, que había sido pensado inicialmente como «España con Cataluña», por éste de «España plural / Catalunya plural».

José Álvarez Junco

Sí. Me explico. Lo que sostiene Joaquim en su libro es que España es una nación de naciones. Me parece una fórmula difícil por una razón muy sencilla, porque el nacionalismo es un principio excluyente. Es decir, no hay nacionalismos pluralistas, todo nacionalismo tiende a ser homogeneizador y a no aceptar ninguna otra nación dentro de su nación. Desde el punto de vista de los nacionalismos o de las naciones, será muy difícil que se entiendan el catalanismo y el españolismo, porque los dos son ex-

cluyentes. Los españolistas, si pudieran, borrarían cualquier otra lengua de la Península Ibérica, incluida Portugal. Un nacionalista extremo intentaría incluso eso, borrar el catalán, el vasco y el gallego; lo intentaría porque si somos españoles aquí se habla español y se acabó. Ésa es su concepción. Mientras que un catalanista haría exactamente lo mismo; si pudiera, en su mundo ideal, en Cataluña sólo se hablaría catalán.

¿Cómo podemos entonces llegar a un acuerdo? Eliminando el ideal de nación, intentado superar dicho ideal de nación. No sólo el de Estado-nación, que ya está en trance de morir. El viejo concepto de soberanía ya no tiene validez, porque hemos cedido competencias hacia arriba a la Unión Europea y hemos cedido competencias hacia abajo a las regiones o Comunidades Autónomas. Además, estamos sometidos a las presiones de las multinacionales, etc.

No sólo hay que superar el Estado-nación, que no tiene ya las viejas competencias de soberanía absoluta que formaban parte de su modelo ideal, sino la idea misma de nación como un ente ideal al cual pertenecemos y que ha existido, a ser posible, eternamente en la historia, porque fue creado directamente por la divina providencia o de una manera milenaria, antiquísima, porque es un ente ideal que nos une con nuestros abuelos y que nos unirá con nuestros nietos, porque es eso a lo que yo pertenezco, lo que me sobrevivirá. La nación, en definitiva, sustituye a la religión. Es eso que me va a convertir en inmortal, porque es lo que es, un ente al que pertenezco, que superará la brevedad de mi pobre vida humana. Y esa nación tiene que ser homogénea.

Eso, en el mundo en que vivimos, es imposible, sencillamente. No hay sociedades homogéneas. De ahí que yo proponga el título «España plural». España es plural; toda sociedad hoy día es plural. Estamos llenos de marroquíes y de rumanos y de latinoamericanos y de gentes que hablan diversas lenguas. Eso es lo que llamamos España.

*¿Cómo podemos entonces
llegar a un acuerdo?
Eliminando el ideal
de nación*

Miguel Ángel Aguilar

Don José, llenos no sólo en los barrios de la periferia, sino en los lugares donde se cultiva más el patriotismo, como por ejemplo en las Fuerzas Armadas. Éste es un asunto también para reflexionar.

José Álvarez Junco

Sí, me gustaría saber cuál es el discurso que les lanza en las Fuerzas Armadas el coronel de turno. ¿Qué les dice hoy a esos soldados enrolados, profesionales, que se llama uno Julio César y viene de Colombia, otro Miroslav y viene de Polonia y otro se llama no sé cuantos y viene de Marruecos...? ¿Y si les dice que por sus venas corre la gloriosa sangre del Cid? Son discursos completamente desfasados para el tipo de sociedad en el que vivimos. Pero no me refiero sólo a las identidades española, catalana, rumana o la que haya. Es que hay también identidades de género: somos hombres, mujeres, homosexuales... Somos veinte mil cosas distintas. Somos jóvenes o viejos, somos profesores o alumnos, somos del Real Madrid o del Barcelona, o somos melómanos. Todos tenemos infinidad de identidades a las que pertenecemos y, en muchos casos, éstas son mucho más importantes para nosotros que la nacionalidad o la profesión que tenemos. Hay que aprender a convivir con muchas identidades, identidades colectivas que no proporcionan derechos políticos. Los derechos políticos los proporciona un documento de identidad, un pasaporte y unos derechos que confiere la Constitución, así como el pago de unos impuestos. Si basamos la concepción de la convivencia en una sociedad moderna en nuestra adscripción legal a un Estado al que pertenecemos, y no en rasgos étnicos –como que yo me llamo Álvarez y mis cuatro abuelos son de aquí y mi piel es blanca y soy católico y, por tanto, tengo más derechos que tú que eres un recién llegado–, si lo basamos en eso, a lo mejor por ahí podemos llegar a un entendimiento.

Por tanto creo que lo que hay que hacer es intentar superar el concepto nación. Planteo esto como una posible discrepancia, casi mi única discrepancia, con un libro con el que, repito, estoy de acuerdo y que me parece que está lleno de cosas sensatas, inteligentes y, sobre todo, bien intencionadas. Lo que pasa es que, desgraciadamente, sólo con buenas intenciones no se resuelven los problemas.

Joaquim Coll

Agradecer esta amable invitación de la Fundación Diario Madrid, vehiculada a través de mi buen amigo Rafael Jorba, a quien, como contabais antes, premiasteis hace unos meses. Pienso que esta iniciativa es muy interesante y muy importante. Porque tengo la impresión de que en Madrid y en el resto de España no hay suficiente conciencia de cuál es la situación real que se vive en Cataluña. La situación en Cataluña es explosiva y no conduce a nada bueno. El año que viene, el 2014, es el año del tricentenario de la caída de Barcelona el 11 de septiembre de 1714. Por tanto, creo que son necesarias iniciativas como éstas, que tiendan a mostrar que, efectivamente, en el otro lado, como se dice desde Barcelona, hay alguien que nos escucha.

A menudo el soberanismo dice que apela al independentismo porque en el otro lado no hay nadie. Yo soy de los que dice que no, que eso es mentira, que en España hay muchísima gente que hace esa afirmación de esta España plural y

El soberanismo dice que apela al independentismo porque en el otro lado no hay nadie. Eso es mentira

que considera imprescindible que el modelo democrático que empezó a funcionar en 1978 se reforme, se mejore, y por tanto el proyecto común siga adelante. Y que, evidentemente, hay mucha gente que siente empatía y siente cariño por Cataluña y por los catalanes. Por tanto me felicito de que esta iniciativa, que celebro, se quiera trasladar a Barcelona.

También me agrada compartir esta mesa con el profesor Álvarez Junco, un primer espada de la historiografía. Yo soy un modestísimo historiador, sin cátedra ni titularidad; más bien soy un propagandista en los medios de comunicación a favor de España y del catalanismo. Me hace mucha ilusión coincidir con él porque hice mi tesis doctoral sobre un personaje que no conoce nadie —en la sociedad catalana sí, pero fuera de allí muy poca gente—, que es Narcís Verdaguer i Callís, que fue el padre político de un político posibilista como Francesc Cambó, quien, antes de dar el salto a la política a través de la Lliga, se formó e hizo sus primeros pinitos como periodista en el semanario *La Veu de Catalunya*, que dirigía Verdaguer. Cuando yo preparaba la tesis, Álvarez Junco publicó su biografía de Alejandro Lerroux, que me fue utilísima porque Verdaguer i Callís era concejal de Barcelona y estaba enfrentadísimo con los lerrouxistas; enfrentado a muerte. Aunque luego se medio reconcilió, porque salvó al capitoste del Partido Republicano Radical en Barcelona, que era Emiliano Iglesias, que estaba en la cárcel por los hechos de la Semana Trágica, y, a cambio, entre regionalistas y lerrouxistas, endosaron el muerto de la Semana Trágica al pobre Francesc Ferrer i Guàrdia. Por tanto, su biografía de Lerroux me ayudó mucho y me hizo entender bastante bien la importancia de lo que fue el Partido Republicano Radical en Barcelona, que vino a suplir, en realidad, la no existencia de una especie de laborismo.

Este ciclo se puede entender como una reacción a ese simposio que se celebra al final de este año en Barcelona, que se titula «España contra Cataluña»; una mirada histórica que ha merecido incluso algún editorial en *El País*, y en otros medios de comunicación, y que ha puesto un poco sobre aviso del papel que se quiere hacer desempeñar a la historia en esa fecha tan trascendental del tricentenario de la caída de Barcelona. Si nos fijamos, aquí lo que se está construyendo es un relato, ese relato de España contra Cataluña, ese continuo histórico de represión, de desencuentro, de maltrato. Esto es realmente lo peligroso, porque, como decía el escritor francés Paul Valéry: «La historia es el producto más peligroso que ha elaborado la química de la inteligencia. Sus propiedades son bien conocidas, hace soñar, embriaga a los pueblos,

los hace concebir falsos recuerdos, exagera sus reflejos, mantiene abiertas las heridas, los atormenta, los lleva a un delirio de grandeza o al de la persecución, hace que las naciones se vuelvan amargas, soberbias o vanidosas.» Creo que, por desgracia, hemos caído en esto en Cataluña. Hemos caído en el cultivo del resentimiento que nace de una idea de humillación. En este sentido retomo la idea del simposio, que tiene unos epígrafes que inciden en el expolio, la represión lingüística continuada, la españolización... En fin, siempre en esa visión en negativo. Lo cual no significa que no haya una historia de conflicto, una historia problemática en muchos aspectos, como comentaré más adelante.

El simposio «España contra Cataluña» es muy preocupante no solamente porque lo patrocine la Generalitat de Catalunya, el Departamento de Presidencia y un centro de estudios de Historia Contemporánea, sino porque, además, lo avala una institución científica como es el Institut d'Estudis Catalans, que es la institución de la lengua, que tiene secciones históricas, arqueológicas, filológicas... Por tanto, no se trata solamente de un simposio con la carga política de un Gobierno que tiene un color y un programa, sino que recibe el aval de una Academia. Además hay una serie de historiadores, algunos prestigiosos y reconocidos, que también se entregan a este juego de manipulación, de esquematismo y de visión reduccionista. La última conferencia de este simposio, que se titula «La humillación como desencadenante de la eclosión independentista», no la pronuncia un historiador, sino un sociólogo, que es Salvador Cardús, un sociólogo prestigioso pero claramente militante del proceso soberanista e independentista, que además es miembro del Consejo Asesor de la Transición Nacional.

***En Cataluña vivimos una
situación explosiva.
Inevitablemente vamos
a vivir algún tipo de
episodio insurreccional***

En Cataluña vivimos una situación explosiva y desconocerlo sería el primer error para no afrontar el problema, un problema que puede acabar en una gran frustración. Pero también creo que inevitablemente vamos a vivir algún tipo de epi-

sodio insurreccional, pienso que va a ser difícil que no ocurra un accidente, porque la carga emotiva, emocional, la dinamita que lleva el carro, es de tal dimensión que es difícil que no suceda nada. Por tanto, en Cataluña se ha construido este discurso, este resentimiento, basado en la idea de la humillación, que nace no tanto de la historia, porque la historia aquí es muy instrumental. Estamos ante el tricentenario de 1714, pero no se hacen las grandes preguntas sobre la Guerra de Sucesión, que se intenta hacer pasar por una guerra de secesión, lo cual es a todas luces una mentira.

Miguel Ángel Aguilar

Quiero tranquilizarte sobre este particular. Decirte que en diciembre la Fundación Carlos de Amberes presentará aquí en Madrid, en su sede, una extraordinaria exposición sobre 1714, sobre la Guerra de Sucesión. Es un proyecto europeo que ha merecido el apoyo de la Comisión Europea, en el que están Holanda, Francia y España. La exposición está teniendo ahora mismo su primera manifestación en la ciudad de Utrecht, en Holanda, y después irá a la ciudad de Rastatt, en Alemania, y después vendrá aquí. Como siempre, es muy difícil hacer este esfuerzo y conseguir los fondos para pagarlo, pero realmente creo que será una contribución de primer orden. Entre otras cosas porque servirá para –con datos, con documentos, con trabajos, con seriedad científica– establecer qué es lo que se disputaba allí, para dejar claro que la Guerra de Sucesión fue una guerra europea, una guerra en la que se combatió en España, pero también en Francia, en Alemania –o en territorios de lo que luego fue Alemania–, en territorios que luego formaron parte de Italia, Austria, Suiza. Fue, desde ese punto de vista, una guerra europea. Fue la única guerra –aquí hay historiadores que me lo podrán desmentir– en la que hubo en España treinta mil portugueses combatiendo en el lado del archiduque. Pero perdona; era para darte un elemento tranquilizador.

Evidentemente, el argumento del 1714 no resiste dos minutos. Pero es cierto que se ha construido este relato, que la gente que no va a exposiciones, o que si va, irá tal vez a la que se hará en el antiguo Mercado del Born, que se titula *Donec Perficiam*, que coge el lema de las tropas austracistas, que es «hasta la victoria». Todo lo que se hace, como muestra ese simposio que comentaba, es lo que interesa hacer: trescientos años desde que se perdió la soberanía, desde que se perdió la pseudoindpendencia y, por tanto, trescientos años de represión antes de la liberación, de la independencia, que tiene que llegar justamente en el año del tricentenario.

La historia al final es instrumental, porque, como decía muy acertadamente Ricardo García Cárcel: «Hay que reiterar que las diferencias, como las similitudes, más que la naturaleza, las construye la historia. Los fosos de la separación pueden ser tan abismales como fácilmente franqueables. La bipolaridad Cataluña-España no tiene sentido a la luz de las muchas Cataluñas y de las muchas Españas que nos unen y nos separan al mismo tiempo.» Por tanto, efectivamente, si estuviéramos en otro contexto, se le podría dar otra connotación a los datos históricos y no pasaría nada. En ese sentido, la historia juega un papel muy instrumental en estos momentos. Me refiero a que la idea de la humillación, lo que hay detrás de la pulsión independentista, tiene básicamente dos argumentos: el argumento fiscal, el argumento del expolio, del «España nos roba», que en definitiva no deja de ser una revuelta fiscal como la que intentó hacer la Liga Norte en Italia; y luego el argumento político, el argumento del desencuentro, del imposible encaje, etc. Es un relato que liga con la historia de la Transición, que se ha convertido en un material político; se mira a la Transición no en función de lo que fue, sino en función de los proyectos políticos actuales.

Ésta es la realidad. Ahora bien, ¿esto significa que todo es mentira, falsedad, impostura? No. Efectivamente, no es así. En esta indignación catalana hay una parte también de verdad histórica, como dice Borja de Riquer en la presentación de su

libro *Alfonso XIII y Cambó*, que se ha publicado recientemente: son cien años de incompreensión política, de resistencia a una España abiertamente plural, planteada por un catalanismo que no era secesionista, como hasta ahora. Creo que es sobre este punto sobre el que tenemos que centrar la discusión.

El catalanismo ha sido, por lo menos hasta ahora, un proyecto también para España. Ha sido un proyecto hispanista. El catalanismo ha dedicado casi más horas, más tiempo, a discutir cómo debía ser España que a cómo debía ser Cataluña. Sobre cómo debía ser Cataluña hay bastante

poca unanimidad; en estos treinta y pico años ni tan siquiera hemos sido capaces en el Parlamento de Cataluña de hacer una ley electoral, una división territorial

***El catalanismo ha sido
hasta ahora un
proyecto hispanista***

sensata y ordenada. Por tanto, la resolución de este desencuentro ha de partir de la base de que el catalanismo ha sido y es un proyecto también para España, un proyecto regeneracionista. En realidad, Joan Maragall, Pi i Margall, Prat de la Riba, Cambó... son regeneracionistas españoles; lo que se están planteando son problemas y enigmas españoles, algo que muchas veces no ha sido suficientemente atendido. Este momento crítico en el que estamos es el del relato sobre el fracaso del Estatuto, el de la imposibilidad de reformar la Constitución, sobre lo que ya nos advertía Francisco Rubio Llorente en 2006. Por tanto, estamos en medio de una crisis de Estado, que es económica, social, política, que es institucional, y que tiene, como en otros momentos de la historia contemporánea de España, como epicentro a Cataluña. En el siglo XX ya ha habido otros momentos en que crisis generales tenían a Cataluña en el epicentro. Cataluña, por su idiosincrasia, concentra gran parte de todas estas contradicciones.

Nosotros planteamos la idea de «nación de naciones», aun estando completamente de acuerdo en que de la nación sería mejor no hablar, porque en nombre de la nación se han cometido enormes crímenes, igual que en nombre de la religión.

Pero, por desgracia, seguramente tenía razón Carl Schmitt cuando decía que el mito de la energía nacional es superior al mito de la lucha de clases. Por tanto, necesitamos también valores emocionales y pensamos que en la propia lectura de la Constitución del 78, sobre todo en el debate sobre el artículo 2 que hubo entre los ponentes –en el que participaron Jordi Solé Tura y Miquel Roca–, esta idea de la nación de naciones estaba implícita. Una idea que sí que puede tener valor emocional, que supera lo que sería la apelación al simple constitucionalismo, que podría ser un recurso para no cambiar nada, para no hacer nada o hacer una lectura muy literal de la Constitución, donde los aspectos de la unicidad tienen más potencia que los de la pluralidad. Ésa es un poco la lectura que ha hecho el Partido Popular, que está practicando el neocentralismo en estos años de doble regresión, entre neocentralismo y soberanismo. Pensamos además que la idea de nación de naciones va más allá de la apelación al patriotismo cívico, que sería otra manera de entenderlo.

En esta historia, que nunca será del todo feliz porque siempre habrá tensión –igual que hay tensión social, igual que los conflictos sociales nunca se resuelven más allá del paraíso comunista–, pues pensamos que la cohabitación de identidades diversas y plurales, la «nación de naciones», puede ser el paraguas que nos cobije a todos.

Miguel Ángel Aguilar

Si os parece, el profesor Coll podría formular algunas preguntas al profesor Álvarez Junco, y viceversa, y después empezamos a dar la palabra a los que estáis aquí.

Joaquim Coll

Yo preguntaría, tal vez tiene difícil respuesta, cómo piensa él que podemos recuperar el clima moral, intelectual y político que haga posible, otra vez, pensar España desde la generosidad, como sucedió hace 35 años.

A mí lo que más me preocupa de lo que has dicho es cuando has advertido que podría ocurrir algún accidente insurreccional. No sé si te refieres exactamente a incidentes entre catalanoparlantes y castellanoparlantes. Una característica del caso español, que es bastante importante tener en cuenta, es que no existe un conflicto étnico. En España no estamos en una situación a la yugoslava, en la cual serbios y croatas no se hablan, no van a los mismos bares —si coinciden en un bar puede haber una pelea—, sus hijos no se casan entre sí, etc. En España lo que hay es un conflicto entre élites políticas, básicamente barcelonesas y madrileñas, que compiten por distribuir competencias o por apropiarse de competencias y recursos. Ése es el conflicto. Esas élites políticas agitan fantasmas ideológicos y emocionales que pueden acabar siendo interiorizados por la gente y que pueden llevar a conflictos, a choques diarios. Esperemos que no sea en esa dirección por donde vayan a derivar las cosas. Porque hasta el momento, desde luego en España, en Cataluña, no ha habido jamás una pelea en un bar entre catalanoparlantes y castellanoparlantes; jamás la ha habido. No ha habido ese tipo de problemas. Esperemos que no se derive en una cosa de ese tipo.

***Lo que hay es un conflicto
entre élites políticas,
básicamente barcelonesas
y madrileñas***

¿Cómo volver a las circunstancias de mil novecientos setenta y tantos, a las de la Transición? Es muy difícil, pues las circunstancias históricas cambian. En la Transición estábamos dominados básicamente por un miedo saludable, el miedo a la repetición de la Guerra Civil, estábamos dominados por un deseo bastante unánime de superar la dictadura y establecer un sistema político homologable con el de los países más civilizados de Europa y de América. Eso ha desaparecido, porque hemos conseguido establecer una democracia. Pero, aunque las circunstancias históricas cambian radicalmente en cada momento, sin embargo, los discursos políticos se mantienen. Es

curioso que, a pesar de cambiar las circunstancias históricas, los discursos políticos se mantengan con tanta rigidez.

Pensemos en las circunstancias históricas de hace cien años, ciento quince años, a finales del siglo XIX, en mil ochocientos noventa y tantos, cuando surge el catalanismo político, a raíz del 98, y se convierte en una fuerza política. Lo que era fundamentalmente un movimiento en defensa de la lengua y de las tradiciones acaba convirtiéndose en un movimiento político con una petición clara de autogobierno. ¿Cuáles son las circunstancias de ese momento? Estábamos en un país más bien pobre y abrumadoramente agrario. Pobre en relación con los países europeos, como Francia, Alemania o Inglaterra; naturalmente no pobre en relación con Marruecos ni con Grecia ni con Polonia o Turquía. Con la periferia europea era perfectamente homologable, pero desde luego no con los grandes países europeos con los que se compara. Era un país con gravísimos problemas de desequilibrio económico en el que había dos focos industriales, Barcelona y Bilbao; el resto era un océano agrícola y atrasado. Y, sin embargo, el centro político estaba colocado en ese resto, en lo que entonces se decía un poblacho manchego, que era Madrid. Era un país con gravísimos problemas de desigualdades en la distribución, por ejemplo, de la propiedad de la tierra, que era el bien más importante, con problema de latifundistas y de braceros sin tierra. Un país con pretorianismo, intervenciones militares y cerca de cien pronunciamientos –entre los fallidos y los exitosos– a lo largo de un siglo. Salíamos casi a un pronunciamiento al año. Un país con un clericalismo, con una intervención de la Iglesia en la vida política, terrorífico y constante, en el que incluso una cosa tan elemental como la tolerancia religiosa era muy difícil de establecer. Consiguió establecerla Cánovas en la Constitución de 1876 y le costó mucho frente a sus propias fuerzas conservadoras. Y un país con un problema también de distribución territorial, con un problema de ajuste de Cataluña y del País Vasco en el Estado; un Estado que se estaba intentando modelar sobre el tipo francés, extremadamente centralizado y que no estaba funcionando. Un país con enor-

mes problemas en la eficacia de la administración pública, en el que una orden que daba un ministro, para que luego se cumpliera, tenía que ser pactada con los poderes locales, con los caciques locales, que la cumplían o no en su territorio según a cambio de qué se les daba.

Piensen ustedes en todos los problemas que tenía la España de alrededor de 1898. En ese momento salen catalanistas y vasquistas, se convierten en movimiento político y dicen aquí estamos nosotros, somos los más modernos de Europa –yo tengo conexiones con Londres, yo tengo conexiones con París– y no tengo por qué estar sometidos a ese poblacho manchego que es Madrid, pues yo tengo un proyecto de modernización, etc. Esas circunstancias –repásenlas ustedes una a una– han desaparecido todas. Somos un país que ha hecho el despegue económico, la industrialización, que se ha convertido en un país de servicios, que ha elevado su nivel de renta de una manera descomunal, que ha establecido una democracia consolidada, que ha conseguido superar el sistema centralista y que ha hecho una descentralización de las más grandes que se registran en Europa; seguramente la más grande en las últimas décadas. Somos un país en el que, por supuesto, ha desaparecido el problema agrario de latifundistas y braceros sin tierra, en el que, aunque no haya desaparecido del todo, el problema del clericalismo y la influencia y la intervención de la Iglesia en la vida no es nada comparado con lo que era. Un país en el que ha desaparecido, prácticamente a todos los efectos, el pretorianismo, la intervención de los militares, en el que tampoco hay que pactar ya con el caciquismo, en el sentido clásico; aunque hay algunos restos de clientelismos y de corrupciones, no tienen nada que ver con aquello. Y, sin embargo, el discurso sigue siendo el mismo. El Madrid ciudad de funcionarios, ciudad vaga, el espíritu productor de los catalanes frente al espíritu meramente consumidor de los castellanos, ese tipo de discurso que probablemente tuviera alguna adecuación con la realidad hace ciento y pico años, pero que no tiene ninguna con la del presente. Lo que me sorprende es cómo los discursos políticos mantienen su permanencia aunque las circunstancias cambien.

Si vamos a la situación de hace treinta y cinco o cuarenta años, nos ha desaparecido ese miedo a la Guerra Civil y ese miedo a no ser capaces de superar la dictadura. Los que fuimos hijos de la Guerra Civil sentimos esas sensaciones y seguimos teniendo un cierto recelo, un cierto resquemor, de no volver a caer en algo así. Pero los que son ya nietos, o incluso bisnietos, de la Guerra Civil no parecen tener esos miedos y se han lanzado a posiciones mucho más audaces. No lo sé... Esas posiciones están llevando en Cataluña a una situación, como tú dices, explosiva. No sé qué podría ser un episodio insurreccional, no se me ocurre: ¿un episodio en el que hubiera que recurrir al ejército para imponer una orden que llegara de Madrid y que la Generalitat se negara a cumplir? No lo veo imaginable. Creo que la sensatez catalana ha demostrado ser mucho mayor que eso y que será fácil que se llegue antes de ese momento a una negociación. Pero tienes razón: es verdad que estamos en una situación nueva, que las cosas han variado mucho, incluso en los últimos tres años, desde que salió este libro, que es de 2010 y se nota, porque sois mucho más optimistas de lo que probablemente seríais ahora si escribierais el mismo libro. Los datos que dais en cuanto a los catalanes que sienten la doble pertenencia ya no sirven, han variado notablemente, aunque sigue siendo mayoría la doble identidad. Es decir, que las circunstancias históricas cambian a gran velocidad y no sé hasta dónde puede llegar la cosa.

Joaquim Coll

Retomando el tema étnico, el tema lingüístico, el tema de los orígenes, efectivamente el independentismo ha logrado algo que parecía imposible hace quince años, que es saltar el muro de la doble identidad. Los catalanes hace décadas que compartimos catalanidad y españolidad en grados diversos, porque nunca las adscripciones identitarias son únicas. Yo me siento catalán y español de manera diferente a como se puede sentir mi madre, por ejemplo, y me siento mucho más europeo de lo que se siente mi madre.

A través de ese doble discurso del resentimiento y de la humillación, en base a la idea del expolio, del «nos roban», de que Cataluña aporta mucho más de lo que recibe, de la idea de un maltrato sistemático, de una serie de agravios en relación al concierto vasco-navarro, de una España subsidiada, de estos tópicos sobre el Madrid funcional, y en base al corte que significó la sentencia del Tribunal Constitucional, el independentismo ha logrado construir el discurso del robo y de la afrenta de la sentencia del Constitucional, de que España ha dicho no a Cataluña, de que el modelo autonómico ha muerto. Este libro lo hicimos unos meses antes de que se pronunciara el Constitucional y ya advertíamos que el recurso de inconstitucionalidad del PP iba a suponer la herida más profunda en el proyecto común español. No porque no fuera legítimo presentar un recurso, sino porque parecía un contrasentido que unos jueces retocaran lo que previamente el pueblo de Cataluña había votado. Y si al discurso independentista le añadimos la crisis económica tremenda, pues todo esto hace de acelerador.

Por eso creo que puede haber un episodio insurreccional, porque la independencia se ha transformado en Cataluña en una utopía activa de las clases medias profesionales, medias-altas, no de sectores marginales, de sectores dinámicos. Hay mucha *intelligentsia*, por así decirlo, mucha gente pensando. No es en absoluto despreciable y se ha transformado en una especie de gran ilusión: a través de la independencia saldremos de la crisis, es una pócima mágica que todo lo resolverá, la posibilidad de hacer un país nuevo frente a una España que es un Estado fallido. Luego está el imperativo de hacer una consulta el año que viene, una consulta que no se puede realizar de manera legal porque la Constitución no permite una consulta clara e inequívoca sobre la secesión territorial. Habría antes que modificar la Constitución. Un proceso largo y complejo, si es que

La independencia se ha transformado en una especie de gran ilusión, en una pócima mágica que todo lo resolverá

hubiera consenso. Sin embargo, el independentismo ha conseguido lanzar este equívoco del derecho a decidir, que es algo irrefutable, que está cogiendo mucha fuerza. ¿Quién puede estar en contra del derecho a decidir? Nadie. El derecho a decidir es imbatible como enunciado.

La situación es explosiva. Si no hay consulta habrá una gran frustración. Pero no es un problema sólo de los políticos o del Gobierno de la Generalitat; hay una sociedad catalana hipermovilizada a través de asociaciones de orden diverso que están en ese camino. Por tanto, lo primero que hay que hacer es tomar conciencia de ello, de que no es un problema solamente de unos partidos, de unos políticos, de un Mas que anticipó unas elecciones y al que le salió el tiro por la culata, sino que después ha caído prisionero de una estrategia de radicalización. Y, como todas las dinámicas de radicalización, todo va a más. Por eso creo que el accidente es casi inevitable, porque el nivel de incomunicación entre Madrid y Barcelona es alto –no sólo entre los políticos sino también en la sociedad– y el riesgo de implosión en Cataluña también lo es.

José Álvarez Junco

Son tantas cosas... Creo que todo lo que estás diciendo es cierto. Lo del derecho a decidir es evidente que es un argumento potentísimo. ¿Quién puede negar, desde un punto de vista democrático, que nosotros tenemos derecho a decidir nuestro futuro? El problema está en decidir quiénes somos nosotros. El problema no es la autodeterminación de los pueblos. Yo escribí una vez un artículo que se titulaba «La determinación de los pueblos». Nosotros tenemos derecho a decidir, de acuerdo: el futuro de Cataluña lo decidimos los catalanes. Bien. Pero somos españoles. Cataluña doy por supuesto que es una parte de España, es mi brazo, digamos, y a mí me van a cortar el brazo. ¿Y no me van a preguntar a mí? Los españoles tenemos derecho a decidir. Naturalmente un catalán lo entenderá perfectamente si decimos que en un hi-

potético referéndum de independencia podría salir la independencia por un 51% o por un 55% o por un 60% –por lo que ustedes quieran–, pero en la provincia de Lérida entera o en Tarragona entera podría salir que prefieren quedarse en España. Entonces los de Lérida dirían: «Ah, usted perdone, pero los leridanos, o ilderdenses, desde el punto de vista estrictamente democrático, tenemos derecho a decidir el futuro de la provincia de Lérida, porque es nuestra.» Y entonces Cataluña dirá: «¡No, por favor! ¡Lérida forma parte de Cataluña! ¿Cómo me van a cortar un brazo sin preguntarme a mí si quiero que me lo corten?» Es decir, ellos estarían de acuerdo. Lo difícil es pre-determinar quién es el nosotros, el *demos* sobre el que se construye la democracia. Ese *demos* para un nacionalista está predeterminado y, por tanto, el resultado de ese referéndum también estaría predeterminado. Para un nacionalista español está claro que tendríamos que votar todos los españoles y para un nacionalista catalán sólo tendrían que votar los catalanes y si, dentro de Cataluña, alguna región o pueblo o barrio o provincia o comarca decide lo contrario, de ninguna manera se va a tener en cuenta.

Si el problema es –perdonen que plantee una segunda cosa– ese discurso que tú has definido muy bien como discurso del expolio y discurso de la afrenta, no hay duda de que la sentencia del Tribunal Constitucional y todo el planteamiento estratégico del asunto del Estatut estuvo muy mal hecho. No se debe someter una cosa a referéndum primero y luego someterlo a unos jueces que pueden tener una opinión contraria a la del referéndum. Eso es una barbaridad y causa agravio, sin duda. Pero sigo creyendo que el problema fundamental no es tanto de estatuto o de competencias o de recursos, ni económico por la balanza fiscal, sino que el problema sigue siendo la lengua y la cultura, y que si lo que hubiera fuese un reconocimiento más claro, tanto del catalán como lengua en la esfera pública española como del cas-

El problema sigue siendo la lengua y la cultura. Si hubiera un reconocimiento más claro el conflicto podría disminuir

tellano como lengua en la esfera pública catalana, quizá encontrásemos un camino por el que el conflicto podría disminuir, reducirse.

En Cataluña los nacionalistas catalanes hacen lo mismo que los nacionalistas españoles en el resto del país, que es ignorar la otra lengua. Los nacionalistas españoles de ninguna manera están dispuestos a que ni siquiera en el Senado, la cámara territorial, se puedan utilizar las distintas lenguas. No sé por qué, pues, si existen esas lenguas en este país, ¿por qué no otorgarles un espacio público? Me parece que se podría. En cambio los nacionalistas catalanes allí hacen lo mismo. En un país bilingüe en el que la mitad de la población prácticamente habla castellano, el castellano no existe en el espacio público catalán ni en el sistema educativo. ¿Por qué no se le puede abrir al castellano un espacio ahí y reconocer el pluralismo de la sociedad catalana?

Miguel Ángel Aguilar

Me ha parecido sumamente interesante este asunto del expolio y la afrenta. La versión que aprendimos del Padre Nuestro cuando éramos pequeños decía «perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». Y luego vino Rafael Termes, presidente de la Asociación Española de Banca, y cambió esa parte del Padre Nuestro porque aumentaba la morosidad y ahora decimos «perdónanos nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden». O sea que ahí están los dos niveles, el expolio y la afrenta, la deuda y la ofensa. Luego, en este asunto de la lengua, me parece que el profesor Álvarez Junco ha movido una tecla muy relevante: en el estatuto de Cataluña, y en la Constitución también, se habla de las otras lenguas y de las Comunidades que tienen lengua propia. Yo discutí de eso alguna vez encendidamente con el que era entonces secretario general de Convergencia, Pere Esteve. Yo le decía: «Pero vamos a ver, ¿cuando se dice lengua propia el catalán quiere decir que el castellano en Cataluña es una lengua impropia, cuando es la lengua de muchos catalanes?» La lengua castellana debe ser lengua propia tam-

bién. Igual que aquí la lengua catalana debería ser lengua propia y debería, como tú muy bien dices, utilizarse en el Senado y en otros sitios.

Me ha interesado la cita que ha hecho Joaquim de Paul Valéry sobre la química ésta explosiva del nacionalismo. Yo tuve la ocasión de vivir en el año 1971-1972 —cuando cerraron el *Madrid*— en Bruselas. En contra de lo que decía Laureano López Rodó en sus conversaciones en Madrid con Salvador Pániker —«Estos problemas, cuando España tenga la renta per cápita...»; era el marxismo-laureanismo, que mantenía que con la renta per cápita se disolvían los problemas—, yo escribí entonces, y he escrito muchas veces después: «¿Y los belgas? ¿Qué pasa con los belgas?» ¿Qué pasa con los belgas, que tenían entonces una renta per cápita diez veces superior a la nuestra y se tiraban adoquines por mantener o por modificar una frontera lingüística, porque una comuna pegada a la aglomeración de Bruselas pasara a tener el estatuto de esa aglomeración y dieran validez idéntica a los dos idiomas? Con esa renta per cápita, con esa educación, con esa alfabetización de siglos, con ese gusto por la ópera y por el ballet, estos tíos se tiraban adoquines.

Luego ahí hay algo que es irreductible y que es, efectivamente, explosivo. Y, desde luego, si la situación está en ese límite de exasperación que nos cuenta el profesor Coll, donde cualquier asunto puede acabar generando incidentes insurreccionales, creo que habría que empezar a prepararse con inteligencia y dedicar parte de nuestro tiempo a entrenarnos como los Tedax, como equipos de desactivación de explosivos, porque la inteligencia nos debería llevar a eso antes que a la barbarie.

Bien. Palabras que hay pedidas. Vamos a abrir el debate al público asistente.

Rafael Fraguas

Muchas gracias a los ponentes y a la Fundación Diario Madrid y la Asociación de Periodistas Europeos por invitarnos a la reflexión sobre un tema de tanta trascendencia como éste. Bueno, la verdad es que quería hacer tres preguntas, una a cada

uno de los miembros de la mesa. La primera es la más actual, por así decirlo. Hay un estudio de la Fundación Ebert –que tanto tuvo que ver con la Transición en España– en el que se barajan tres supuestos rumbos para Europa. El primer rumbo sería la continuidad tal como está y el segundo sería la ruptura entre el norte y el sur. El tercer rumbo que prevé la Fundación Ebert –vinculada al partido socialdemócrata alemán y con tanto ascendiente siempre sobre la política de este país– es la ruptura de Europa entre el norte y el sur, pero con las provincias o regiones más ricas del sur incorporadas al norte, como Cataluña, País Vasco, La Padania, etcétera.. Quería preguntarle a Miguel Ángel, desde la perspectiva europeísta, si conoce esto y cuál es su punto de vista.

La segunda pregunta quería hacérsela a cualquiera de los dos historiadores, pero sobre todo al profesor Álvarez Junco. La pregunta es si el origen de esta fronda compleja se encuentra ya en el primer gran litigio, en tiempos de Felipe IV, con el problema catalán, si nos puede ilustrar un poco sobre ese episodio y cuáles son las repercusiones luego en el austracismo y en ese alineamiento catalán con el archiduque.

Y, en tercer lugar, quería preguntarle al profesor Coll si conoce el episodio histórico –y curioso– por el cual, cuando se produce la crisis del 98, a los intelectuales de este país, para restañar las heridas profundas que se han abierto en el tejido patrio, no se les ocurre otra cosa que castellanizar la historia de España; es cuando surge el mito del Cid y cuando, en cierto modo, las nacionalidades periféricas encuentran la ocasión para reivindicarse y decir «Bueno, ¿qué pasa, que en este país los intelectuales nos niegan una participación en la historia a catalanes, vascos, gallegos, etc. y todo ha sido fruto de Castilla?» Le ruego que me informe sobre si tiene noticia de eso.

Lorenzo Zabala

Gracias por el interesante debate. Yo quería hacerle una pregunta al profesor Joaquim Coll y es en el siguiente sentido: aceptando lo que decíamos al principio de

una gran uniformidad geográfica, de genes, de religión, de muchas cosas, me ha parecido interesante lo que ha dicho el profesor Álvarez Junco sobre interpretar esto, al final, como un conflicto entre las élites de Barcelona y de Madrid y, quizá más concretamente, a lo mejor, cómo una manera de afirmarse de esas élites ante un cierto fracaso político, ante una negación a compartir el poder. Me gustaría que me dijera cómo lo ve desde allí. Gracias.

Eloy Ibáñez

El señor Coll ha hecho una cita de Carl Schmitt que si tuviera a mano me gustaría que nos volviera a leer. Lo que sí está claro es que a Schmitt los alemanes le hicieron caso y construyeron su país sobre las emociones. La Alemania de 1945, que se había construido sobre las emociones, no parece que fuera un éxito para los alemanes, para que ellos vivieran mejor. Miguel Ángel Aguilar después ha dicho que habría que desactivar los explosivos. ¿No sería mejor pedir a los que los ponen que no los pongan, que no pongan las bombas para no tener que desactivarlas? ¿No hay en muchas de esas cosas un deseo de utilizar lo que sea, a costa de lo que sea, para tener poder?

Álvarez Junco al principio se ha referido a la Transición citando dos cosas que se citan siempre: el miedo y la generosidad. Creo que hay que hablar de algo más, aparte de las circunstancias históricas. Hay que tener en cuenta una cosa clarísima. En aquel momento los españoles conseguimos hacer llegar a los políticos que lo que queríamos –no es que tuviéramos miedo ni que fuésemos generosos–, a lo que aspirábamos, era simplemente a vivir mejor. Recuerdo que en los últimos tiempos de Franco yo estaba en Portugal, país que estaba inmerso en lo que ellos llamaban el «proceso revolucionario en curso», y que yo le decía a mis amigos portugueses que los españoles éramos menos ambiciosos que ellos. Cuando muera Franco no queremos ser ni Albania ni Cuba –hoy diría ni Kosovo ni Croacia–, queremos ser simplemente Holanda, Francia, Italia, Gran Bretaña. Es decir, queremos que nos dejen vivir

en paz, que no nos embarquen en cosas de «España nos roba» para que no se note que el que robo soy yo. Los españoles tenemos otra vez –y me refiero a los catalanes– que decir: «No me tomen ustedes el pelo. Yo quiero simplemente, y para eso le elijo a usted, vivir mejor, como viven en otros países.» Porque habéis hablado del idioma: el español, el catalán... En Estados Unidos se están planteando ahora, y espero que no lo lleguen a hacer, si exigen lo que ellos llaman el «inglés *only*». ¡Noooo! Los que quieren hablan en español, los que quieren hablan en inglés y las administraciones ya se preocuparán de intentar dar posibilidades a su gente para que hablen los idiomas que quieran. Esta manía de que nos obliguen a todos a hacer lo que toque según el territorio donde estamos es lo que creo que está en la raíz de todos nuestros problemas.

Fernando Segú

A mí, sin entrar en profundidades, me ha parecido muy interesante el análisis que ha hecho Joaquim Coll, un análisis que comparto, y me ha llamado la atención una información que ha dado: que en Cataluña hay mucha gente muy preparada, muy inteligente, trabajando en la línea de la situación explosiva. Ciertamente, yo creo también que es explosiva en un futuro bastante inmediato y comparto con Miguel Ángel que todo lo que sea intentar desactivar esos explosivos será positivo. En relación al profesor Álvarez Junco, querría aportar a su indicación de que en la Transición el miedo y la generosidad fueron muy importantes un dato histórico muy relevante, como fue que ninguna otra región española estaba tan infiltrada en aquellos momentos en Moncloa como Cataluña. Quiero recordaros que había personajes en el equipo de Suárez tan interesantes como Coderch y el propio Alberto Aza, por razones de consorte. También tenía mucha influencia Josep Meliá, evidentemente de lengua catalana, que hizo un papel súper, súper, súper eficaz en la gestación de esas relaciones impecables del Gobierno español con Cataluña. Yo viví el regreso del señor Tarradellas a Madrid, cuando

por primera vez en la historia reciente se cantó «Els Segadors» en el Círculo Catalán de Madrid; incluso se cortó la Plaza de España con una señora impresionante que portaba, entre otros, un hijo de Pujol. Bueno, quiero decir que, aparte de generosidad y miedo, hubo también personas con nombres y apellidos que realizaron unos trabajos muy, muy, muy eficaces; personas que hoy en día no sé si existen. Decía Joaquim Coll que hay gente muy inteligente trabajando por el catalanismo. Mi pregunta es si creéis que en estos momentos en el Gobierno español, en el entorno español en un sentido amplio, hay gente trabajando y pensando en estos problemas inmediatos.

Martín Ortega Carcelén

Yo quiero hacer una pregunta muy rápida a Joaquim Coll sobre el futuro. Vengo del mundo del Derecho Internacional y las Relaciones Internacionales y a mí lo que me llama la atención es que cuando Mas, y toda la élite política que diseña este proyecto soberanista, se dan cuenta de que van a comenzar a jugar en el patio de los grandes empiezan a circular por el mundo entero buscando apoyos para su futura independencia. El horizonte es 2014 –hay muy poco tiempo– y tienen que comenzar a encontrar apoyos. Mas va a Moscú y no le recibe nadie. Mas comienza a pensar en quiénes van a ser sus apoyos, si China, si Venezuela, si otros. A mí lo que me llama la atención, y quisiera saber su opinión al respecto, es saber qué piensan ellos cuando se dan cuenta que se van a chocar con un muro, es decir, de que no hay ninguna experiencia internacional en la que una declaración unilateral de independencia en contra del Estado madre reciba un reconocimiento generalizado. ¿Qué piensan ellos? ¿Quieren llevar al pueblo de Cataluña a una situación como el Sáhara? ¿Como la de los palestinos? ¿Qué perspectiva de futuro ven ellos cuando está claro que van a chocar con un muro y que nadie va a poder reconocer esta independencia? Es decir, que me parece que están embarcando a los catalanes, cual flautista de Hame-lín, en un proyecto que no tiene salida ninguna.

Miguel Ángel Aguilar

Muy bien, pues vamos a escuchar las respuestas. Empieza si quieres, Joaquim.

Joaquim Coll

Bueno, en relación al 98, el episodio casi sería una pregunta para el profesor Junco, puesto que él escribió *Mater Dolorosa*, que es un libro extraordinario, fantástico; ahí está toda esta cuestión de los mitos, que queda muy bien explicada. Aunque yo insisto en diferenciar el catalanismo como un regeneracionismo, como un proyecto para España. El catalanismo no es nacionalismo, aunque evidentemente el catalanismo nace de la voluntad de construir una cultura nacional, de que el catalán sea también una lengua útil socialmente. Es decir, se trata de un proyecto absolutamente legítimo y democrático, que es un proyecto además de éxito. El catalán ya no es una lengua minoritaria sino que es una lengua mayoritaria en Cataluña en muchísimos ámbitos de la comunicación social.

Fíjense que el argumento independentista incide muy poco en el tema de la lengua y de la cultura. Luego están los incidentes con el tema de la Ley Wert, que es un disparate por muchas razones, pero, sobre todo, porque en un momento tan explosivo y tan complicado plantear esta cuestión de la manera que se hace es de una absoluta y gravísima irresponsabilidad. Porque en Cataluña lo que se ha vendido, lo que circula en las escuelas, es «salvemos el catalán, nos van a quitar el catalán». En fin, hay todo un reduccionismo al planteamiento de la Ley Wert, una manipulación... Más dinamita con la que se carga.

Por tanto, quiero remitir a *Mater Dolorosa*, incidir en el catalanismo como un regeneracionismo para España. Porque la aportación más importante que ha hecho el catalanismo a la cultura política contemporánea española es la idea de autonomía; sin el catalanismo el modelo autonómico no existiría. Es la aportación más importante y

es algo de lo que el catalanismo tiene que sentirse orgulloso, porque, contra la idea del café para todos, creo que más bien lo que ha habido es una tabla de quesos.

En relación al tema de las élites políticas, estoy completamente de acuerdo con Álvarez Junco en que el problema viene mucho de por aquí. Y hay un par de anécdotas. Recordemos el tema de Endesa, cuando Esperanza Aguirre dijo que si la compraba Gas Natural supondría que Endesa saldría del territorio nacional; se cayó en ese tipo de retórica del territorio nacional, los catalanes, etc. Es decir, en esta catalanofobia que, por desgracia, existe y que se agitó también con el Estatuto de forma absurdamente irresponsable. El Estatuto fue muy irresponsable todo él, en todo su proceso, sin duda. Pero las cosas han empeorado todavía más. Hubo otro gran incidente cuando la sede de la Comisión del Mercado de Telecomunicaciones se trasladó a Barcelona cuando Montilla era ministro de Industria. Eso también generó una enorme resistencia centralista. Por tanto, estamos entre esa idea de que las élites, algunas élites del Estado, no quieren compartir el poder. Y está la idea de que Barcelona, por PIB, por ubicación, etcétera, debería ser cocapital; o al menos que debería avanzarse en la idea de una cierta cocapitalidad. Por tanto, creo que sí, efectivamente, que hay mucho de unas élites enfrentadas en Madrid y Barcelona. Pero hay una gran incomunicación, no sólo política, sino también sociológica.

No tengo la cita exacta de Carl Schmitt, pero venía a decir un poco eso, que el mito de la energía nacional es superior a la idea de la lucha de clases. Por desgracia es así. La Primera Guerra Mundial nos lo puso de manifiesto cuando en el Congreso de Viena los partidos socialdemócratas se conjuraron para no votar nunca los presupuestos de guerra y luego los votaron. Por desgracia, esto es una constante que nos demuestra qué fáciles son de manipular las pulsiones y los sentimientos. Por tanto, puesto que la nación existe, está esta idea de adelantarlos todos aquéllos que queremos compartir un proyecto común para España, de adelantarnos y plantear una formulación inclusiva, que sea la de nación de naciones. Efectivamente, España no es solamente un Estado plurinacional, es también una nación para la mayoría de sus ciudadanos.

Y, al mismo tiempo, no solamente es un Estado uninacional, sino que es una nación de naciones. Creo que es una formulación que, aunque peca de lo que comentaba Álvarez Junco, puede resolver bastantes cosas. Creo que ese patriotismo de la nación de naciones puede ser un camino inteligente.

Sobre si hay inteligencia en Madrid a la hora de resolver los problemas, fijémonos en el tema de las balanzas fiscales. Después del 2005, cuando el Gobierno de Zapatero publicó las primeras balanzas fiscales a petición del tripartito catalán, parece ser –dicho no por el Gobierno español, sino por el conseller Mas Colell– que se van a seguir publicando balances fiscales. Y creo que es necesario que se haga, porque, efectivamente, el clima en Cataluña se ha envenenado; está envenenadísimo. Yo escribí un artículo que se titulaba «Envenenar el alma de los catalanes». Y ésta es la realidad: el tema fiscal, el tema de las autovías, de las subvenciones, de muchas cosas. Por tanto, es importantísimo desactivar con inteligencia, con datos, con cifras, y reducir lo que son problemas a problemas y no hacer tragedias. Efectivamente, el modelo autonómico es disfuncional, la financiación autonómica es insuficiente. Ahora el Estado se quedará con una parte muy importante del déficit que le permite Bruselas, cuando las competencias en Educación y Sanidad están en las Comunidades Autónomas. No es un problema sólo de Cataluña; también Griñán en Andalucía dice que eso no puede ser y que las Comunidades necesitan más margen de déficit. No es un problema de Cataluña, es un problema del modelo autonómico, que es un modelo que sirvió, que tiene cosas muy positivas, pero que hay que federalizar. Si no federalizamos el modelo autonómico vamos a vivir siempre en este estado de tensión, en este estado de anomalía. Creo que hay que coger el toro por los cuernos.

Finalmente, el tema del Derecho Internacional. Como en Cataluña hemos caído en el romanticismo político, la formulación es que, puesto que los catalanes tenemos el derecho de decidir y el 80%, según las encuestas, está a favor de ese derecho, puesto que lo queremos, pues lo tendremos. Y es igual lo que diga la Constitución y lo que diga el Derecho Internacional sobre los procesos de secesión. Evidentemente,

Cataluña no es una colonia, por tanto, no hay derecho a la autodeterminación. La secesión territorial en democracias consolidadas es algo rarísimo; excepto el caso de Quebec o el caso de Escocia, donde no hay Constitución. Es igual. Parece que estamos encaminados a que todo eso dé lo mismo, que vamos a cultivar el esplendor del fracaso y, cuando se produzca, ya nos resolverán la papeleta otros. Yo he discutido mucho en Twitter con independentistas, diciéndoles que la legislación europea es antisecesionista, que ésta es la realidad de los tratados, y ellos replican que eso es igual, que eso se cambiará como se cambió la Constitución.

En fin, vamos hacia la política de hechos consumados; ése es el escenario en el que estamos. Creo que es inevitable que haya un accidente, porque la mayoría, o una parte muy importante de la sociedad catalana, ha acabado inoculada por este virus del romanticismo político. Por tanto, vamos a caer en el esplendor del fracaso.

Miguel Ángel Aguilar

¡Qué bonito eso del esplendor del fracaso! ¡El entusiasmo que siempre produce entre nosotros el desastre! Profesor Álvarez Junco.

José Álvarez Junco

Sí, en todos los seres humanos existe el toque ése, ya se sabe, masoquista. Rafael Fraguas preguntaba sobre ese estudio de la Fundación Ebert y los tres posibles rumbos para Europa. Hacer futurología es muy difícil para cualquier persona. Pero para un historiador está prohibido. Digamos sencillamente que la situación es completamente abierta, porque no hay antecedentes. Hace un mes y medio, o algo así, estuve en Harvard, en una sesión que había sobre la crisis constitucional española —«Constitutional Crisis in Spain»— y había un experto en la Unión Europea que decía que no se puede saber qué ocurrirá si hay una Cataluña independiente. Primero, Cataluña

quedaría fuera de la UE, automáticamente según él. Pero añadía que España posiblemente también. Porque la España que firmó la adhesión a la Unión Europea es una y la España que existiría después de esta secesión de Cataluña sería otra; aunque el nombre sea el mismo el sujeto soberano se ha reducido y, por tanto, sus cuotas de participación tendrían que cambiar. Es decir, España tendría que renegociar su ubicación en la UE. En todo caso, todo esto lo veo muy abierto y muy imprevisible y, desde luego, como un problema. Los europeos lo ven como un enorme problema.

Preguntas sobre Felipe IV, sobre si el origen de todo está en Felipe IV. Hombre, seamos claros, ésta es una pregunta que se puede contestar con facilidad. No, no tiene nada que ver. No hay conflictos nacionalistas en el antiguo régimen. Ninguno. Son conflictos por una lucha por privilegios, por órganos corporativos privilegiados que piden mejorar su situación en el esquema de privilegios. Entonces, naturalmente, lo que se produce en la Cataluña de 1640 no tiene nada que ver con una lucha nacional, aunque, por supuesto, las historias nacionalistas lo convierten luego en una historia nacional. También las historias nacionalistas españolas convierten a Viriato –siglo II antes de Cristo– en un heroico luchador por la independencia española. Si al pobre Viriato le hubiera podido preguntar alguien «¿Usted lucha por la independencia española?», él hubiera tenido que decir «¿Mande?». No hubiera podido ni entender la pregunta.

Miguel Ángel Aguilar

Hubiera dicho como los iraquíes, que él estaba en una zona hortofrutícola...

José Álvarez Junco

En todo caso, le digo que, si yo hubiese estado en 1640 y hubiera sido catalán hubiera defendido la secesión y, desde luego, no someterme a los impuestos que pedía la Co-

rona para la Guerra de los Treinta Años. Eso es lo que había ocurrido en Castilla cuando habían sido sometidos los castellanos en 1520-1521, con los comuneros, y había sido el desastre para Castilla, que fue esquilada por la Corona. Los catalanes y los valencianos, y otros reinos con privilegios, aprendieron muy bien del ejemplo castellano, y dijeron: «No, no, usted perdone, a mí no me toca usted los impuestos, no me los pone si no es con autorización de mis Cortes.» Lo cual es un principio básico de la democracia y fue el origen de la revolución americana, como sabemos.

Y está este problema de si hacen falta emociones. Yo la cita de Carl Schmitt no la tengo y no la conocía, pero puedo citar a Eric Hobsbawm, que en un discurso de apertura de la Universidad Europea de Budapest, dijo: «Yo soy historiador y me doy cuenta del peligro que tengo entre las manos. Cuando escribo un libro de historia, es como si tuviera una metralleta. Puedo levantar emociones.» Hay esa famosa historietta de los dos niños que están en el patio del colegio, en el recreo, y que se están peleando, se están dando de bofetadas con una furia incontenible, y el profesor de historia les va a separar, y les dice: «Pero ¿qué estáis haciendo, qué ha pasado?» «Usted nos acaba de explicar que sus abuelos mataron a los míos», contesta un niño. La historia es muy peligrosa según cómo se explique.

El discurso político necesita emociones, pues es contradictorio. Las emociones son peligrosas y a la vez son necesarias.

***El discurso político
necesita emociones,
pues es contradictorio.
Las emociones son
peligrosas y a la vez
son necesarias***

Un problema que tiene la Unión Europea es que no tiene un discurso emocional alrededor, que no tenemos unos mitos europeos. Y un problema que tiene el nacionalismo español es que no tiene mitos con los que todos estemos de acuerdo. Para unos los mitos son las tres carabelas, el imperio, la defensa del catolicismo –naturalmente hay muchos que no nos identificaríamos con eso–. Para otros, los mitos serían las luchas por las libertades y la República del 31 o del 36. Defendiendo ese

frente, habría otros que tampoco se identificarían. ¿Qué letra le ponemos al himno nacional? Si ahora me encargaran escribir la letra del himno nacional, de verdad, no sabría qué poner. Es imposible ponerle letra porque no sabemos qué podemos cantar con lo que estemos de acuerdo y, sin embargo, es necesario, porque las emociones son necesarias. Que la gente lo cante y se emocione cantándolo, que llore cantándolo y a la vez esté cantando lo mismo que el de al lado... Quiere decir que formamos parte de una fraternidad, de una comunidad. Eso es necesario, pero a la vez es peligroso. Así pues, emociones peligrosas.

La Transición no fue sólo –por cierto, me han atribuido a mí un par de ustedes lo de la generosidad y no creo que lo haya dicho– por miedo a la Guerra Civil, fue por inteligencia de las élites y fue por impotencia de las élites. Las élites franquistas, que tenían todo el aparato represivo en sus manos, no tenían un proyecto político y, por tanto, no tenían nada que poner sobre la mesa, nada más que aquello de como os levantéis os disparo. Las élites de la oposición, que tenían capacidad de armar lío en las calles y de movilizar, no tenían, ni habían tenido, la capacidad de derrocar al régimen –el dictador había muerto en la cama– y eran lo bastante inteligentes como para darse cuenta de que su potencia no era suficiente, de que había que negociar, que pactar. Sólo los que tienen cierta conciencia de su debilidad son capaces de pactar, que es lo más inteligente que se puede tener en la vida: conciencia de tu propia debilidad.

No queríamos ser Albania ni Cuba, pero, perdón, no es un problema sólo de bienestar. Aquí se ha mencionado antes el caso de Bélgica: muy ricos, pero peleándose porque una familia se ha metido en nuestra calle donde solamente se hablaba francés y ahora van a hablar el neerlandés. En Canadá, que es un país muy rico, tienen el problema de Quebec. Canadá, por cierto, es un ejemplo estupendo donde el francés, que sólo se habla en Quebec, en uno de los estados de Canadá, en una parte relativamente pequeña del país, es lengua oficial en todo el país. A lo mejor podríamos aprender algo de eso. A lo mejor podríamos hacer del catalán, vasco y gallego lenguas oficiales

en toda España, lo cual no quiere decir que todo tenga que ser traducido a cuatro idiomas ni que tengamos que poner traductores en tal sitio ni que vayamos a multiplicar los gastos, sino simplemente que cuando uno quiere hablar en esas lenguas en determinados espacios públicos, pues pueda hacerlo. A lo mejor eso sería una compensación emocional, simbólica más que nada. Un amigo notario, catalán por cierto, me contaba eso de que él, que ha estado en tantas distribuciones de herencias y ha visto pelearse a los hermanos, cuando uno empieza a decirle que el piso que me ha tocado a mí vale ocho y el tuyo vale diez, él ya sabe que el acuerdo es posible: ponemos en nueve y tal y llegamos a un acuerdo. Pero cuando uno dice que «además a ti mamá te quería más», ahí no hay nada que hacer. Las emociones son muy importantes y la emocionalidad catalana está alrededor de la lengua. Démosle un espacio público a esa lengua y reconozcamos la importancia que tiene en este país.

Sobre la última pregunta, el mundo de las relaciones internacionales, bueno sobre esto sólo se me ocurre decir una cosa:

tener apoyo internacional es esencial para un proyecto separatista. No ha habido ningún proyecto separatista en la historia de Europa que haya salido adelante sin apoyo internacional. En la Península Ibérica, desde luego en los últimos cinco siglos, sólo un proyecto separatista ha triunfado, que es el portugués. Y triunfó porque tenía el apoyo de Inglaterra; Portugal ha sobrevivido porque ha sido una especie de protectorado inglés, porque, si no, comprenderán ustedes que los ejércitos españoles, muy superiores, la hubieran machacado en diversas ocasiones. Es decir, el apoyo internacional es básico. Si tanto en el caso vasco como en el catalán, que están en la frontera francesa, hubiera un apoyo francés la situación sería muy distinta, como pueden imaginar. Pero no existe ese apoyo internacional y eso hace que el proyecto sea bastante difícil.

***No ha habido ningún
proyecto separatista en
la historia de Europa que
haya salido adelante sin
apoyo internacional***

Miguel Ángel Aguilar

Pero al mismo tiempo sería suicida, porque serían arrasados.

José Álvarez Junco

Naturalmente, naturalmente...

Miguel Ángel Aguilar

No sé dónde he leído que muchos catalanes pensaron que era una lástima, que si hubieran perdido la batalla del Bruc habrían formado parte de Francia... Y del catalán no hubieran quedado ni las raspas.

José Álvarez Junco

No, naturalmente. La breve experiencia que hubo, en la guerra de 1640-1653, de tener el apoyo de Francia fue terrible, porque Francia lo primero que hizo fue eliminar los privilegios catalanes. Y en el caso de los vascos, cuando en 1794, en la Guerra de la Convención, invade el ejército francés, hablan con la Diputación –con la de Guipúzcoa, que creo que es la primera con la que hablan– y los guipuzcoanos le dicen que a ellos les da igual ser españoles que franceses, que están dispuestos a ponemos a su lado con tal de que respeten los fueros y la religión. Y los franceses dijeron que ni los fueros ni la religión. Naturalmente. Con lo cual empezó la resistencia.

Miguel Ángel Aguilar

Bueno, queridos amigos, muchísimas gracias. Ha sido muy esclarecedora toda esta sesión. Les convoco a ustedes para continuar estos diálogos en una segunda sesión de este ciclo titulado «España plural / Catalunya plural», que se celebrará en Barcelona el próximo mes de octubre. Muchas gracias.

BREVES BIOGRAFÍAS

José Álvarez Junco nació en Viella (Lérida) en 1942. Es catedrático de Historia en la Universidad Complutense de Madrid. Estudió Ciencias Políticas en Madrid, donde trabajó con José Antonio Maravall, quien dirigió su tesis sobre el pensamiento político del anarquismo español, leída en 1973. Entre 1992 y 2000 ocupó la cátedra Príncipe de Asturias de la Universidad de Tufts (Boston) y dirigió el Seminario de Estudios Ibéricos del Centro de Estudios Europeos de la Universidad de Harvard. Dirigió el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales hasta mayo de 2008 y, por virtud de ese cargo, fue Consejero de Estado. En 2002 recibió el Premio Nacional de Ensayo que concede el Ministerio de Cultura.



Joaquim Coll nació en Barcelona en 1967. Es Doctor en Historia Contemporánea y en la actualidad ejerce la actividad docente como Profesor Asociado en la Facultad de Pedagogía de la Universidad de Barcelona. Técnico asesor del Gabinete de Estudios de la presidencia de la Diputación de Barcelona, Coll es autor de diversas obras sobre catalanismo y sobre las políticas de los siglos XIX y XX y ha sido galardonado con el Premio Ciudad de Barcelona de 1998. Además, colabora habitualmente como articulista en *El Periódico de Catalunya*, entre otras publicaciones de prensa escrita.





Miguel Ángel Aguilar nació en Madrid en 1943. Licenciado en Física, inició su carrera periodística en 1966 en la redacción del diario *Madrid*. Dirigió *Diario 16* desde 1976 hasta 1980 y *El Sol* entre 1990 y 1991, y fue director de Información de la Agencia EFE entre 1986 y 1990. Ha trabajado además en *Cambio 16*, *Posible* y en Tele 5, Antena 3

y CNN Plus. En la actualidad es colaborador de *El País*, *La Vanguardia*, *Cinco Días*, *La Sexta* y la Cadena SER. Ha publicado varios libros, entre los que cabe destacar el último, *España contra pronóstico*.

GALERÍA DE IMÁGENES



José Álvarez Junco, Joaquim Coll, José-Vicente de Juan y José Varela



Rafael Fraguas, Martín Ortega Carcelén, Lorenzo Zabala, Eloy Ibáñez, José Antonio Zarzalejos y Eduardo Sanmartín

C I C L O D E D I Á L O G O S

ESPAÑA CATALUNYA PLURAL

II. Sociedades secuestradas

Fundación Diario
Madrid 

Asociación de Periodistas  Europeos

PRESENTACIÓN

El desinterés de los nacionalismos porque se difundan en sus territorios otras ideas que no sean las consideradas más radicales en su contra, porque sirven de refuerzo a sus antagónicos y retroalimentan la hostilidad, es una realidad que se sufre desde hace décadas y que se ha agudizado en los últimos tiempos. Así, ni en Cataluña se da suficiente altavoz a opiniones constructivas del resto de España, alejadas del radicalismo anticatalán que profesa un determinado sector mediático, ni en el resto de España se escucha a catalanistas moderados que disienten de las posiciones más exacerbadas del nacionalismo secesionista.

De ahí, el título «Sociedades secuestradas», bajo el que el jurista Francisco Rubio Llorente y el filósofo Manuel Cruz analizaron las causas y las consecuencias de dicha situación y dejaron constancia, con sus opiniones, de que existen otras concepciones diferentes de las que se hacen pasar por predominantes sobre la relación España/Cataluña, Cataluña/España.

El profesor Rubio Llorente explicó que es contrario a la independencia de Cataluña pero que jurídicamente cabe la posibilidad de realizar una consulta en territorio catalán si se cumplen algunas condiciones; entre ellas la reforma previa de la Ley Orgánica 2/1980 sobre las distintas modalidades de referéndum. Recomendó que fuera el propio

Parlament de Catalunya el que presentara en las Cortes Generales esa propuesta de reforma, aunque dudó de que ahora haya voluntad política en el Estado para proceder a dicha modificación. El expresidente del Consejo de Estado dejó muy claro en todo caso que, en su opinión, «el pueblo de Cataluña tiene derecho a manifestar su voluntad y a que ésta sea tomada en consideración por el pueblo español en su conjunto, pero no tiene derecho a imponérsela».

Manuel Cruz reflexionó sobre el riesgo que supone que el nacionalismo presente a España y a Cataluña «como dos entidades absolutamente diferentes, monolíticas, cerradas en sí mismas», de tal manera que «dentro de Cataluña no hay nada que discutir, porque existe práctica unanimidad, y fuera no hay con quién discutir», por razones idénticas. Ésa es la visión que permite a quienes defienden la independencia asegurar que no hay nada que negociar con España y que, por tanto, sólo cabe la vía de la secesión. Al profesor Rubio Llorente esa concepción de dos sociedades cerradas, «entre las cuales es imposible el diálogo y dentro de las cuales el diálogo es innecesario», le pareció «el colmo de la irracionalidad» y la rebatió con su idea de España «como nación de naciones», donde Cataluña, el País Vasco y Galicia «tienen una postura diferenciada, una historia diferenciada que exige, en consecuencia, un tratamiento diferenciado».

Rosa Paz

El segundo encuentro del ciclo «España plural / Catalunya plural» se celebró en la barcelonesa sede del Col·legi de Periodistes de Catalunya el 3 de octubre de 2013 bajo el título «Sociedades secuestradas». Participaron en el diálogo:



Francisco Rubio Llorente
Jurista y expresidente del
Consejo de Estado



Manuel Cruz
Catedrático de Filosofía en
la Universidad de Barcelona

Con la moderación de Miguel Ángel Aguilar y Rafael Jorba



Xavier Mas de Xaxàs

Miembro de la Junta de Gobierno del Col·legi de Periodistes de Catalunya

Bon dia a tothom. Buenos días a todos. *Sóc Xavier Mas de Xaxàs, del Col·legi de Periodistes, i volia donar-vos la benvinguda en nom del degà, Josep Maria Martí, que avui no ha pogut ser aquí.* Y quería daros también la bienvenida a vosotros que habéis venido desde Madrid a esta casa, que es la casa de los periodistas catalanes, vuestra casa también. Una casa que se distingue por el diálogo, la tolerancia y el pluralismo. Tres valores del buen periodismo sin los que sería imposible ejercer nuestra profesión y defender el derecho a la información; tres valores que, en estos tiempos y en este país en el que nos ha tocado vivir, son más necesarios que nunca. Bienvenidos pues.

Miguel Ángel Aguilar

Muchísimas gracias, querido Xavier. Estamos conmovidos por la acogida que nos habéis prestado en el Col·legi. Deciros que estaremos también encantados de acogeros en la Fundación Diario Madrid, que ocupa la sede construida para el diario *El Sol*, una referencia del periodismo de hace años, que después de la guerra fue incautado –como casi todo– y pasó a acoger la sedes de las redacciones del *Arriba* y el *Marca*.

Una palabra sobre el debate. La idea surgió hace un par de años y se concretó hace unos meses cuando le concedimos a Rafael Jorba el Premio de Periodismo Diario Madrid. Partiendo de la idea de que teníamos el deber de promover un espacio de reflexión inteligente, organizamos el primer debate en la sede de la Fundación Diario Madrid el 3 de julio, con José Álvarez Junco, un historiador de gran prestigio

—nacido, por cierto, en Lérida— y el también historiador Joaquim Coll. Tras ese primer debate —cuya lectura resiste ventajosamente en este momento—, ahora damos paso a este segundo diálogo y prometemos que vamos a seguir con esta alternancia de debates en Madrid y en Barcelona, en Barcelona y en Madrid, presentando siempre a personas que aporten reflexión inteligente y afecto racional y razonado.

Diálogo, tolerancia y pluralismo, ha dicho nuestro anfitrión. Yo hablaría de la prensa sin causa, frente a todas esas incitaciones a que la prensa tenga que defender una causa. El compromiso de la prensa, de los medios de comunicación, tiene que ser con su audiencia, con sus lectores, y, naturalmente, tiene que ser permeable a las preocupaciones que agitan, que conmueven a la gente. Sin embargo, hay una causa básica de la que nunca pueden desdecirse los medios de comunicación: la causa de la libertad. No puede existir periodismo que merezca ser llamado así sin libertad. Sin libertad lo que hay es propaganda. Ahora estamos en un momento crítico y veremos qué queda de las libertades si la prensa, sacudida por todas estas crisis que la aquejan, deja de cumplir el papel básico que debe desempeñar para la democracia. La causa de la libertad es una causa de la que nunca se puede desertar, porque sin ella los medios de comunicación dejan de tener una existencia real.

Querido Rafael Jorba, es tu turno.

Rafael Jorba

Antes de ceder la palabra a Francisco Rubio Llorente y a Manuel Cruz, quisiera empezar por evocar el título del primer diálogo de este ciclo, «Lo que nos dice la Historia / La historia por escribir», celebrado en la Fundación Diario Madrid el pasado 3 de julio.

Lo haré de la mano de un político catalán del primer tercio del siglo XX, Rafael Campalans, quien sostenía que la política es pedagogía. Para él, la libertad de la persona y la libertad de Cataluña no eran una dualidad antitética sino un todo armónico. Para alcanzarlo desaconsejaba tanto el aislamiento como la defensa de la historia pasada y abogaba por avanzar hacia la España de todos, el paso previo –decía– a una federación internacional. «*Catalunya* –leo en catalán– *no és solament, com voldrien alguns, la geografia i la història passada. És, sobretot, aquest deler regenerador que s'encomana a tots els homes que hi viuen, és a dir, aquesta voluntat d'història futura. No és la història que ens han contat, sinó la història que volem escriure. No és el culte als morts, sinó el culte al fills que encara han de venir*». Con esta breve introducción, con esta voluntad de historia futura, que pasa no tanto por el culto a los muertos sino por los hijos que han de llegar, cedo la palabra al profesor Rubio Llorente.

Francisco Rubio Llorente

Señora presidenta, señores diputados, colegas de la mesa, amigo Javier Solana... Gracias, ante todo, a los organizadores de este acto por su invitación. Me siento muy honrado de estar ante ustedes. Antes de iniciar mi intervención quería dedicar un recuerdo a la memoria de Juan Linz, de cuya muerte acabo de enterarme esta mañana. Creo que con él se ha perdido una figura muy importante en la ciencia social española; y yo he perdido un amigo entrañable.

He ordenado mi intervención en nueve tesis, porque me parece la manera adecuada para dar un comienzo al diálogo. Sin embargo, antes de pasar a la exposición de estas tesis, quiero hacer una introducción para que las cosas queden claras, para que nadie se llame a engaño. Yo no soy partidario de la independencia de Cataluña. Es más, considero que la independencia de Cataluña no es una utopía sino una distopía, un futuro peor que el presente y que, en consecuencia, habría que tratar de evitar. No es un futuro tan aterrador como el de celebres distopías como *1984* de Or-

well o *Un mundo feliz* de Huxley, pero creo que es una distopía que nos dejaría a todos en peor situación de la que estamos y que, además, a mi juicio significaría una ruptura con la historia de Cataluña, no sólo con la de España.

A mí siempre me ha llamado la atención que las categorías por las que los catalanes y los vascos reivindican su singularidad –y la necesidad de tener una situación especial en el seno del Estado– sean al mismo tiempo categorías que afirman su pertenencia al Estado español. Es decir, nadie tiene derechos históricos si no es con quién tiene también deberes. Nadie alude a un hecho diferencial si en todo lo demás no hay otras coincidencias. No hay derechos históricos del País Vasco contra el Gran Ducado de Cracovia y sería absurdo que Cataluña aludiese a su hecho diferencial respecto del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte. Ésa es mi postura personal, ése es mi convencimiento personal, fundado en razones que no tiene sentido alargar ahora.

Nadie tiene derechos históricos si no es con quién tiene también deberes

Con esto paso a exponer mis ideas, por lo que valgan en el tema que nos ocupa.

Primera. De acuerdo con la interpretación generalmente aceptada de nuestra Constitución, la reforma de la Constitución no tiene límites sustanciales sino sólo procedimentales. Quiero decir con eso que ningún fin es constitucionalmente ilícito, siempre que no sea delictivo y siempre que el propósito de alcanzarlo se ajuste a los procedimientos previstos en la Constitución. Por eso, a mi juicio, el propósito de conseguir que una parte del territorio nacional que reúne las condiciones materiales indispensables para ello alcance la independencia y se constituya como un Estado independiente es un fin lícito, siempre –repito– que no se pretenda alcanzar dicho fin al margen de la Constitución. En consecuencia, también es lícito a mi juicio pretender que en persecución de ese fin se logre que la comunidad interesada manifieste su voluntad al respecto.

Segunda. El método razonable para formalizar jurídicamente una manifestación de voluntad es el referéndum. De acuerdo con la interpretación que yo hago del artículo 92 de la Constitución, no sería imposible que el Estado convocase un referéndum en Cataluña, previa reforma de la Ley Orgánica de las distintas modalidades de referéndum, que es la Ley Orgánica 2/80. Esa reforma puede plantearse de distintas maneras: puede hacerse una reforma referida sólo al caso catalán o una con carácter general, la celebración de referendums de ámbito subestatal, comunitario u otro. Aunque, políticamente, no parece hoy muy probable que el Estado tome una iniciativa de este género.

Tercera. Me parece conveniente que esa reforma de la Ley Orgánica de las distintas modalidades del referéndum sea impulsada por el Parlament de Catalunya mediante la presentación de una Proposición de Ley. A este respecto tengo que decir –porque he de ser sincero y exponer con claridad mi pensamiento– que la reciente resolución sobre el derecho a decidir aprobada por el Parlament de Catalunya no sólo no cumple con esa función sino que, más bien, contribuye a hacer imposible la reforma. Por el título con el que se presenta, «*Resolució sobre el dret a decidir del poble català*»; por ser una mera solicitud que no va acompañada de proposición concreta alguna; por la perentoriedad con la que se presenta; y porque va acompañada de la decisión –que se pudiera interpretar como amenaza– de convocar una consulta para el año próximo, cuya fecha y cuyo contenido se fijaría dentro del actual periodo de sesiones. En esas condiciones parece improbable que, aunque tuvieran voluntad de hacerlo, el Congreso de los Diputados pueda aceptar esta cuestión.

Cuarta tesis. Se ha sostenido con razón, dentro y fuera de España, que en un referéndum de esta naturaleza ha de haber una pregunta clara y única. Sobre la claridad no tengo duda alguna. Pero sí tengo alguna duda sobre la conveniencia de que la pregunta sea única. La claridad no se pierde si se hace más de una pregunta, con tal de que estas preguntas vayan encadenadas, de manera que no se pueda responder cada una de ellas si no se ha respondido negativamente a las precedentes. El gran obstáculo

para una solución de este género –del que se ha hablado en la prensa– es, sin embargo, la dificultad de formular de manera clara esas preguntas que seguirían a la primera de la elección dicotómica de independencia o no independencia. Sería absurdo, por ejemplo, presentar como alternativa a la independencia la opción por un «*estat propi*», que no significa, dicho sea con todos los respetos, absolutamente nada.

Quinta. La independencia no puede ser producto, en ningún caso, de una sola voluntad, sino de una concurrencia de voluntades. Es por eso por lo que creo que la

expresión «derecho a decidir» es resueltamente errónea o gravemente equívoca. El pueblo de Cataluña tiene derecho a manifestar su voluntad, en mi opinión, y a que esa manifestación sea tomada en consideración por el Estado español y por el pueblo español en su conjunto, pero no tiene derecho a imponérsela.

Sexta. La independencia de una parte del territorio nacional requiere una reforma de la Constitución y ésta sólo puede llevarla a cabo el poder constituyente constituido, es decir, el pueblo español como titular de la soberanía nacional; una titularidad que está consagrada en el artículo primero de la Constitución, no en el artículo segundo como parece darse a entender muchas veces. Los problemas que plantea el artículo segundo son de otro género.

Séptima. Si la respuesta al referéndum evidenciase un apoyo amplio y sólido a la independencia –y cuando digo un apoyo amplio y sólido quiero decir que hay muchas razones para sostener que en ese referéndum debe exigirse un mínimo de participación determinado y un quórum determinado de votos favorables–, debería establecerse un diálogo entre el Gobierno del Estado y la Generalitat sobre la apertura del procedimiento de reforma constitucional, cuya iniciativa podría tomar la propia Generalitat. Viendo el ejemplo de Canadá, de la célebre Ley de Claridad apro-

El pueblo de Cataluña tiene derecho a manifestar su voluntad y a que sea tomada en consideración, pero no tiene derecho a imponerla

bada después del dictamen de la Corte Suprema de Canadá, lo lógico sería que antes de iniciarse el procedimiento de reforma constitucional quedasen claras, entre el Gobierno de la Generalitat y el Gobierno del Estado, las condiciones exactas en las que esa independencia podría concederse, que son muchas y muy difíciles. Se está hablando, por ejemplo, de cuestiones económicas, de deuda..., pero hay cuestiones de mayor trasfondo, como el problema de la nacionalidad. El problema de la nacionalidad es uno de los más difíciles que plantea la secesión.

Octava. Como la apertura del procedimiento de reforma no asegura que su resultado sea satisfactorio para quien lo inició —y es evidente que el fracaso generaría una profunda frustración—, está muy difundida la idea de que para evitar ese peligro sería mejor no convocar el referéndum. Temo, sin embargo, que la negativa a convocar el referéndum genere también una frustración que pueda dar lugar a la búsqueda de vías alternativas de efectos impredecibles, como las famosas elecciones plebiscitarias, de las cuales si ustedes quieren también podemos hablar más tarde.

Novena y última. Los daños graves que genera la negativa a la convocatoria del referéndum no se reducen a lo señalado en la tesis anterior. Se ha hecho de la exigencia del referéndum el centro de la reivindicación independentista, colocando, con ello, en una situación equívoca y difícil a quienes no quieren la independencia, pero sí querrían que se celebrase el referéndum. Parece justificarse que el sentimiento independentista se exprese a través de manifestaciones populares, creando así la imagen falsa de que sólo esos sentimientos están presentes en la opinión pública catalana. Temo que se ha creado la ilusión de que la independencia de Cataluña depende sólo de la voluntad política de los gobernantes y puede conseguirse, en consecuencia, casi de inmediato, al término de un largo y difícil proceso. Pero,

Temo que la negativa a convocar el referéndum genere una frustración que pueda dar lugar a la búsqueda de vías alternativas

sobre todo, se ha impedido que se debata lo que más ha de ser debatido: el conjunto de problemas que la independencia entrañaría.

Rafael Jorba

Tiene la palabra Manuel Cruz.

Manuel Cruz

Molt bé, gràcies. Señora presidenta, señores diputados, amigos, quiero empezar agradeciendo a la Fundación Diario Madrid, a la APE y al Col·legi de Periodistes de Catalunya su hospitalidad y su amable invitación. También quiero felicitarles por la iniciativa. La iniciativa de esta serie de diálogos me parece particularmente necesaria y oportuna y mi reflexión va a gravitar alrededor de esto, porque creo que este tipo de iniciativas ejemplifica o simboliza bien lo que en este momento es más necesario en Cataluña. Quiero decir –para intentar ser tan claro y tan sincero como el profesor Rubio Llorente– que yo también hablo desde una perspectiva, desde la perspectiva de alguien que no está en contra del derecho a decidir pero que entiende que ese derecho a decidir debe estar inscrito en el marco de una reforma constitucional. Mi intervención va a ser algo tan simple como una apología del diálogo y una reivindicación de la política. Podría parecer que esto es algo obvio, algo banal o algo trivial, pero me parece que el título del ciclo, «España plural/Catalunya plural», es muy estimulante y no está claro que en esta comunidad autónoma funcionemos con ese supuesto.

***Se presenta a España
y a Cataluña como dos
entidades monolíticas***

En los últimos meses –ya no digo en la pasada campaña electoral– el planteamiento de fondo, que parece omnipresente, no es el de una España plural y una

Cataluña plural, sino que es el de España frente a Cataluña. Y se da por descontado –a las hemerotecas me remito y Google no me dejará mentir– que tanto España como Cataluña son monolíticas. Lo cual, por cierto, legitima la ausencia de diálogo. Se presenta a España y a Cataluña como dos entidades absolutamente diferentes, monolíticas, cerradas sobre sí mismas. Con lo cual lo único que cabe hacer es ir cada uno por su lado; es la mera exaltación patriótica, que, en un lenguaje más *light*, también suelen llamar «sumar voluntades», pero que es lo mismo.

Es decir, dentro no hay nada que discutir, porque existe una práctica unanimidad –y si no se está en esa unanimidad se está

manifiestamente en las tinieblas exteriores– y fuera no hay con quién discutir. Dentro no hay nada que discutir y fuera no hay con quién. Recuerdo algo que se reitera mucho. ¿Cuántas veces no habremos escuchado la sandez –a mi juicio sandez ofensiva para los muchísimos progresistas españoles– de que fuera de aquí, fuera de Cataluña, no hay más opción que la de una España, grande y libre? ¿Cuántas veces no lo hemos escuchado? Frente a esto, lo que se impone es empezar a hablar sobre un trasfondo claramente político. Aunque la sesión de hoy, «Sociedades secuestradas», invite a hablar del papel de los medios de comunicación –públicos, privados, privados subvencionados, etcétera–, no me voy a adentrar por esta vía. Lo he hecho en algunos artículos y, si me permiten la confidencia, bastantes palos me ha costado. Tampoco me voy a centrar, aunque valdría la pena, en la impagable colaboración que a esta ausencia de diálogo ha prestado el Gobierno del Partido Popular con el irritante dontancredismo de su presidente, que ha contribuido enormemente a la sensación de que desde Madrid no llegan respuestas.

Frente al silencio lo que toca reivindicar es la palabra. Hay que hablar. No sólo negociar. Hay que debatir. Y hemos de debatir entre todos, porque hemos partido de la base de que Cataluña es plural y, por tanto, de que en Cataluña hay muchas

***Dentro de Cataluña no
hay nada que discutir y
fuera no hay con quién***

cosas que debatir. Y, como España también es plural, tenemos muchos interlocutores con los que debatir en España.

Un periódico barcelonés —que se ha alineado decididamente con el soberanismo— decía en un editorial de primeros de septiembre que el curso pasado fue un curso perdido. Lo fue, a mi juicio, porque, desde el Gobierno de la Generalitat, lejos de promoverse un saludable debate social, sólo se busca sumar adhesiones. He buscado, con deformación profesional, alguna cita que reforzara esto y he encontrado una del 29 de septiembre en la que el presidente de la Generalitat decía: «Dentro de Cataluña cuanta más piña mejor, porque adversarios ya los tenemos fuera; no es necesario que nos convirtamos en adversarios aquí dentro». A mí, sinceramente, me dio la sensación de que ese mensaje respiraba la tesis de que la pluralidad es un peligro, porque cabe la posibilidad de que dentro de nuestro propio país vayan a surgir adversarios como los de fuera, esto es, quintacolumnistas o —como han dicho por escrito personajes muy respetables— traidores, colaboracionistas domésticos, etcétera.

Lo que se impone, entonces, es intentar abrir un debate. Acepto la realidad, incuestionable, de que el soberanismo ha sumado una ingente cantidad de adhesiones. No voy a ir por la senda de decir que a lo mejor son menos de los que parecen, que a lo mejor hay una mayoría silenciosa. No voy a entrar en estos temas, aunque yo sí respeto a los que piensan de forma diferente. Creo que no es un asunto menor preguntarse a qué precio se han ido sumando las adhesiones. Porque creo que en una democracia deliberativa no cabe saltarse el momento de la deliberación, y menos con el argumento de que «*tenim pressa*», de que tenemos prisa. No cabe saltarse la deliberación. Hay que presentar en la plaza pública y en las instituciones los proyectos políticos correspondientes; y tengo que aclarar que yo no identifico automáticamente proyecto político con hoja

***El movimiento
soberanista ha generado
una enorme ilusión, pero
ilusión no equivale a
proyecto político***

de ruta. Ya sé que se repite mucho que el movimiento soberanista ha generado una enorme ilusión en amplios espectros de la ciudadanía de Cataluña –las dos últimas Diadas lo acreditan bien a las claras–, pero ilusión no equivale a proyecto político. Si la ilusión ha funcionado es, en gran medida, porque apela al mismo registro que ciertas fuerzas vienen utilizando desde hace décadas: la emotividad. Las emociones son muy legítimas, pero una emoción no es ni buena ni mala. Mejor dicho, puede ser buena o mala según las razones que la sustentan. Sin embargo, esto último, aportar las razones, es lo que se le hurta a la ciudadanía catalana sistemáticamente. Observen si no. En el momento en el que alguien ofrece un dato o proporciona una información –por respetable que sea quien la proporciona, por la más alta autoridad europea que tenga–, si esa información pincha el globo ilusionante, la respuesta del argumentario es «he aquí la típica respuesta del miedo». Con lo cual el debate queda sustanciado, no entre argumentos de uno u otro lado, sino entre emociones de un signo y emociones de otro. De un lado los ilusionados, del otro lado los miedosos. Y, claro, ¿quién va a estar a favor de tan sombría y ceniza emoción como el miedo, teniendo una estimulante ilusión a la que aferrarse?

Quiero insistir en este punto: ilusión no equivale a proyecto político. Pensemos, sin ir más lejos, en los lugares comunes con los que se nos ha venido bombardeando, metafóricamente, por tierra, mar y aire. Voy a señalar dos ejemplos. Uno: «no hay otra opción que el inmovilismo o la independencia». «¿Reforma constitucional? ¡Pero si nadie está a favor!». Como diría el clásico: fin de la cita. Pues bien, ahora que el principal partido de la oposición y la previsible tercera fuerza política –esto es el PSOE e Izquierda Unida–, junto con otros grupos menores, se declaran decididamente partidarios de la reforma constitucional, la respuesta es: «Llega demasiado tarde». Como si alguien tuviera algún reloj de la historia que dijera: «Lo siento. Se le pasó la hora». Será deformación profesional, pero a mí me parece una respuesta metafísica, de metafísica de Filosofía de la Historia. Desde un punto de vista práctico, se me hace muy difícil entender qué significa que una buena solución llegue tarde.

Otro ejemplo. Escuchamos decir que una propuesta como la federalista no es de recibo porque «no hay federalistas al otro lado del Ebro». Fin de la cita. Pues, cuando aparecen, la respuesta viene a ser más o menos análoga: que si no tienen fuerza política, que si llegan demasiado tarde, etcétera, etcétera. Lo que quiero decir es que ambas respuestas —y otras parecidas que hemos escuchado durante estos meses— soslayan lo fundamental, que sería la respuesta a ciertas preguntas: ¿por qué nuestros interlocutores soberanistas no aceptan un proyecto de reforma constitucional?; ¿en qué discrepan de una propuesta federal?; y, sobre todo, ¿pueden darnos razones políticas? Políticas, no politiqueras, no de mero cálculo electoral, no de mera correlación coyuntural de fuerzas. Razones políticas de fondo para justificar ese rechazo a cualquier propuesta que no sea la de la secesión, con la que, por cierto, además de recaudar más dinero, sería de agradecer que se nos explicara qué más quieren hacer.

Miguel Ángel Aguilar

Vamos a pedir a nuestros ponentes que debatan un poco entre ellos a propósito de lo que nos han dicho. Querido profesor Rubio Llorente, ¿alguna acotación?

Francisco Rubio Llorente

La intervención de Manuel Cruz es muy sugerente y deja muchas preguntas. Estoy especialmente de acuerdo con él en el juicio de la situación. Ha hablado de la concepción de Cataluña y de España como dos sociedades cerradas entre las cuales es imposible el diálogo y dentro de las cuales, de cada una de las ellas, el diálogo es innecesario, porque no hay más que una postura legítima. A mí eso me parece el colmo de la irracionalidad. En primer lugar, porque Cataluña y España no son entidades monolíticas. Ya he dicho antes que no soy nada partidario de la independencia de Cataluña, pero mi concepción de España, como he dicho más de una vez, es

lo que se suele llamar –de manera más o menos tosca– una nación de naciones, donde Cataluña, el País Vasco y Galicia tienen una postura diferenciada, una historia diferenciada, que exige, en consecuencia, un tratamiento diferenciado. ¿En qué puede consistir ese tratamiento diferenciado? No es fácil de determinar, pero así son las cosas.

Yo soy extremeño y hace muchos años –porque en la vida de uno de todo hace muchos años– fui invitado con el profesor Hernández Gil, entonces presidente de las

Cortes, a presentar un libro sobre la historia de Extremadura. Elogié el libro, porque el libro estaba bien, pero dije que estaba en desacuerdo con el título. Porque se puede hacer una historia de las muchas cosas gloriosas que los extremeños han hecho en la historia de España, se pueden historiar los hechos de la historia de España ocurridos en el territorio que hoy es Extremadura, pero Extremadura no ha sido sujeto histórico nunca.

Creo que, en contra de lo que se dice en el capítulo primero del reciente informe del Consell Assessor per a la Transició Nacional, esa historia de Cataluña ha estado siempre vinculada a la historia de la corona de Aragón, primero, y a la de la monarquía hispánica después. Pero, en fin, ha tenido una historia. Y creo que son muchos los que, en esa España supuestamente monolítica, pensamos como yo. Y, desde luego, tengo constancia –porque tengo muchos amigos catalanes– de que la sociedad catalana tampoco es un bloque monolítico y de que hay muchos catalanes que no son soberanistas.

La negativa a mantener un diálogo porque «ya está bien», porque «se han acabado los plazos», porque «ya no hay tiempo para más», me parece, dicho sea con todos los respetos, irracional. Creo, como el profesor Cruz, que hay que debatir, que hay que hablar, y no sólo negociar. La negociación viene después. Antes hay mucho

Dentro de Cataluña y de España el diálogo es innecesario, porque no hay más que una postura legítima

que hablar, hay mucho que debatir. Hay que hablar del porqué de las cosas y del qué de las cosas, antes de hablar del cómo se llega a las cosas. Uno de los inconvenientes graves del debate sobre el referéndum es, a mi juicio, que el objeto del debate sea sólo sobre el cómo, no sobre el porqué.

Tan grave, o más, que la concepción de España y Cataluña como dos entidades monolíticas entre las que no cabe el diálogo porque persiguen objetivos contrapuestos, es la tesis concomitante de que tampoco dentro de Cataluña ni de España

hay ocasión o razón de ser para el diálogo, porque no hay más que leales o traidores. No es verdad. Uno puede ser absolutamente leal con Cataluña, como puede ser leal con España, queriendo la independencia de Cataluña o no queriendo la independencia de Cataluña. Pero ése es el defecto, la lacra típica de los nacionalismos. Los nacionalismos tienen mala prensa en general, pero no todos son perversos. Se dice muchas veces que el nacionalismo alemán llevó a Europa a la catástrofe. Es cierto, pero quien impidió que el nacionalismo alemán se adueñara de toda Europa fue el nacionalismo inglés. Winston Churchill era ciertamente un nacionalista, como ciertamente un nacionalista era el general De Gaulle, que puso en pie la «France libre».

Con esto de las naciones hay que andarse con mucho cuidado porque, nos guste o no, la referencia a la nación sigue siendo indispensable para entender el mundo contemporáneo. Los seres humanos, por unas razones evolutivas muy estudiadas, nos afirmamos en el mundo en gran medida a través de identidades colectivas y una de esas identidades colectivas, muy poderosa, es la identidad territorial. Así son las cosas. El nacionalismo, en el sentido perverso del término, lo que tiende es a convertir esa identidad territorial en la identidad personal de quien lo sustenta, a dar una versión, un informe de él. Y eso es una perversión. Estoy absolutamente de acuerdo con lo que ha dicho el profesor Cruz porque, naturalmente, eso conlleva

Uno de los inconvenientes graves del referéndum es que el objeto del debate sea sólo sobre el cómo, no sobre el porqué

también que las pulsiones, los movimientos políticos, se remitan sólo a la emotividad, porque no pueden remitirse a la razón.

Si sigo hablando voy a seguir abundando en las razones que ha expuesto el profesor Cruz y eso no facilita el diálogo. En mi primera intervención no he hablado más que en términos jurídicos; he planteado una posible construcción jurídica para salir del atasco. Quería preguntarle al profesor Cruz, desde el punto de vista intelectual, qué cree que podríamos hacer para romper con estos tabúes, para acabar con estos mitos de sociedades secuestradas.

Manuel Cruz

Hay algo que decía Josep María Fradera hace un par de días en un artículo de *El País* que estaba muy bien observado. Decía Fradera que los lazos –también emotivos– dentro de los pueblos de España existían, que tenían su forma política y que eran muy fuertes y que diversas razones políticas y económicas han hecho que esa percepción, casi espontánea, que la gente podía tener de formar parte de una especie de placenta, un poco más difusa, pero formar parte de lo mismo, se ha ido volatilizando. Ese sentimiento, ese macrosentimiento de una pertenencia de otro orden, pero también de pertenecer a lo mismo, ahora es francamente difícil de reconocer. Hay una larga lista de razones para que esto haya sucedido, que tienen que ver desde con cómo funciona el mercado laboral hasta con que la gente no haga el servicio militar.

En todo caso, me parece importante ver hasta qué punto esas emotividades enfrentadas requieren ser traducidas al lenguaje político. Me explico. Hay una forma de plantear los problemas que ahora tenemos en clave de enfrentamiento entre nacionalismos, entre el nacionalismo español y el nacionalismo catalán. Eso, obviamente, tiene una parte de verdad. Porque de la misma forma que hay gente en Cataluña a la que el sentimiento identitario es el que más moviliza, y los movi-

liza en gran medida a la contra, hay mucha gente en el resto de España a la que le ocurre lo mismo. Ahora bien, si concluyéramos aquí el debate, como con tanta frecuencia se hace, creo que estaríamos cometiendo un terrible error. A veces, alguna gente me ha dicho: «Vosotros los federalistas, en fin, criticáis un lado pero no criticáis el otro». No es cuestión de criticar un lado u otro, es cuestión de hacer crítica política de lo que ocurre en Cataluña y de lo que ocurre fuera. Hay analizar cuál es el contenido, qué ha pasado en estos diez años, desde que se inicia el proceso del Estatut hasta ahora, qué protagonismo ha tenido cada fuerza política, etcétera. Analicémoslo así, no en términos de Cataluña frente a España.

Hagamos primero el análisis político y luego ya vendrán las emociones

El proceso del Estatut, nos guste o no, se inicia con Zapatero en Madrid y con Maragall en Cataluña y se está terminando ahora con Rajoy y con Mas. En medio ha habido un montón de decisiones políticas que tienen que ser atribuidas a unos y a otros para hacer un correcto análisis político. Por supuesto, ahí tendríamos que censurar –¡tanta grandeza que pide ahora Rajoy!– la enorme falta de perspectiva de Estado que tuvo en un momento determinado el PP, todas las maniobras trapaceras con el Tribunal Constitucional, etcétera, etcétera. Pero ése es el contexto. Aceptar el enredo que se nos propone, aquello de Cataluña frente a España, es un grave error. Hagamos primero el análisis político y luego ya vendrán las emociones. Lamentaremos o celebraremos, pero primero se tiene que hacer, urgentemente, el análisis político. También creo que, si hubiera voluntad política, no sería tan complicado restablecer un tipo de conexiones profundas, personales... Todo el mundo, cuando reconstruye su biografía, tiene todo un entramado de relaciones con un sitio y con otro, y no sería tan difícil reactivarlo. Creo, más bien, que lo que se está ejerciendo es una forma de violencia sobre las personas, incluso sobre los ciudadanos de Cataluña, para que sean también monolíticos en su identidad.

No quiero entrar en absoluto —en absoluto, porque sé que ése es un territorio minado— en el asunto de las lenguas. Pero a mí, sinceramente, me entristece que una persona que ha manejado una lengua, que conoció a su mujer en una lengua, que se declaró a su mujer en una lengua, que pronunció sus palabras de amor en esa lengua, por razones doctrinales crea que ahora tiene que cambiar la lengua y que, a esa misma persona de la que se enamoró, a la que se declaró en una lengua, tiene que hablarle ahora en otra lengua, tiene que dedicarle palabras de amor en otra lengua. A mí me da pena, sinceramente. No me parece deseable, porque eso forma parte de la identidad compleja, de la identidad plural que todos tenemos. Es decir, ni la sociedad es monolítica ni los individuos somos homogéneos y lo que tenemos que hacer es, de alguna forma, concederle valor a todas las piezas y no prohibirnos algunas.

Rafael Jorba

Quería hacer un par de reflexiones. Hablando del título del debate, «Sociedades secuestradas», creo que a lo que hemos asistido es a una banalización de los conceptos, que articula lo que ahora se llama el relato. Tanto en Madrid como en Barcelona hemos banalizado los conceptos. Está la banalización del lenguaje de brocha gorda que han traído aquellos que utilizan términos como «nazismo», «holocausto» o «genocidio» para referirse al movimiento independentista y que se descalifican a sí mismos. Pero también existe una banalización del lenguaje más sutil en Cataluña. Del «déficit» fiscal hemos pasado al «expolio» fiscal, es decir, a la acción de despojar con violencia, según la definición del Diccionario de la Real Academia Española. De la «proyección exterior» hemos pasado a la «internacionalización del conflicto» o la utilización del llamado «derecho a decidir» como sucedáneo del derecho de autodeterminación.

Yo prefiero hablar del principio democrático y recordar —como lo hace Stéphane Dion, que participó en la Ley de Claridad canadiense que ahora se ha evocado— que

no se puede banalizar la secesión. Dice Dion que «el ideal democrático –por eso pregunto al filósofo– alienta a todos los ciudadanos de un país a ser leales entre sí, más allá de las consideraciones de lengua, raza, religión o pertenencia regional. La secesión es un ejercicio raro e inusitado en democracia por el que se elige a los conciudadanos que uno desea conservar y a los que desea convertir en extranjeros. Una filosofía de la democracia basada en la lógica de la secesión no podría funcionar, ya que incitaría a los grupos a separarse en vez de a entenderse. Esto no significa que un Estado democrático deba rechazar cualquier solicitud secesionista. Ante la voluntad clara de división, el Estado puede llegar a la conclusión de que aceptar dicha secesión es la solución menos mala».

Ésa es la reflexión que hago, pues en esa banalización de los términos creo que también se ha planteado el derecho a decidir casi como un referéndum de la Diagonal. Es, como dice Dion, un ejercicio raro e inusitado en democracia en el que se puede llegar y aceptar esa solución como la solución menos mala. Por eso también recabo la opinión del filósofo, porque pienso que en el siglo XXI la tarea que afrontamos es la de administrar la complejidad.

Más allá de lo que dispongan las leyes españolas, europeas e internacionales, desde el punto de vista del ejercicio de la democracia y de la administración de esa complejidad –de la que Cataluña ha dado ejemplo histórico de cómo administrarla–, plantear esa cuestión, obligarnos a decidir en la Europa del siglo XXI, es algo que, desde mi profunda catalinidad y mi catalanismo, me parece un contrasentido. ¿Cómo lo ve el filósofo?

Manuel Cruz

Contesto y luego, si me lo permitís, haré una pregunta al profesor Rubio Llorente al hilo de esto. Por supuesto, no solamente se ha banalizado el lenguaje, también se ha instrumentalizado, y no siempre de una forma clara o deseable. Creo también que se

han ido deslizando, a través del lenguaje, mensajes que han ido calando. Hay algo que han señalado muchísimas veces académicos de la lengua, escritores y lingüistas, y es que el hecho de sustituir la palabra España por Estado Español, incluso en el mapa del tiempo, es algo que chirría, que no parece que sea inocente. Lo digo por una razón, porque a lo mejor tendría un poco más de sentido decir que el Estado Español nos roba. Pero es curioso, entonces no es el Estado Español, sino España. España nos roba, pero llueve en el Estado Español. Si fuera al revés lo podría entender un poco. Así es cómo se han utilizado las palabras y no es una casualidad. Se ha comentado mil veces, cuando ha estado a punto de haber un cambio en la dirección de los medios de comunicación, que se ha planteado la decisión, o no, de cambiar esas palabras, pues ahí había una carga en el lenguaje. Además de banalizarlo, además de eso, a veces se ha utilizado el lenguaje de una forma que parece poco clara.

El lenguaje también se ha instrumentalizado: se dice «España nos roba», pero llueve en el «Estado Español»

Respecto a la otra cuestión que se ha comentado, a mí me interesa mucho la cuestión de la historia y la reflexión sobre la historia. En filosofía, donde utilizamos unos palabros muy extraños, usamos siempre el término contingente, que es lo opuesto a lo necesario. Contingente es lo que podría ser de otra manera, mientras que necesario es lo que sólo puede ser de una manera. Pues bien, en la historia todo es contingente. Todo, los imperios, los pueblos, las naciones, podría haber sido de otra manera. Por tanto, en ningún caso el punto de partida puede ser una especie de unidad preexistente de nada; eso es metafísica histórica. No tenemos que hablar de unidad sino de unión que surge del acuerdo entre libres voluntades de ciudadanos. Ahora bien, eso no es algo que se puede estar haciendo y deshaciendo a cada momento. Eso ha de adoptar un cauce y las decisiones de nuestros antepasados las vamos asumiendo nosotros, etcétera, bajo la perspectiva de que

eso es contingente. Pero una contingencia asumida por generaciones y generaciones es una contingencia que nos ofrece garantías, es una contingencia razonable. Al contrario, una contingencia que va cambiando cada dos por tres pasa a ser prácticamente anecdótica. Y parece que esta contingencia de la unidad es la contingencia que, efectivamente, funda las sociedades, funda los pueblos y funda macroentidades como la Unión Europea. La tendencia a la unión es como una condición de socialidad, mientras que lo otro es lo que se ha dado en llamar el egoísmo de las naciones. Entonces, llamémosle por su nombre.

Quería preguntarle al profesor Rubio Llorente respecto a la banalización de las palabras, respecto al uso tendencioso de las palabras, o una especie de deslizamiento de los significados, que todos hemos podido ver en los últimos meses. Una de las expresiones que más han usado las autoridades –no digo los comentaristas, digo las autoridades– es que «hemos de hacer una consulta para saber lo que piensan los catalanes». Debo reconocer mi perplejidad porque se utilice una consulta para hacer algo así, como un sondeo del CIS. Pero bueno, en fin, vamos a aceptarlo: hacer una consulta para saber lo que piensan los catalanes, como si no hubiera otro medio de saberlo, como si, por ejemplo, todos los partidos que se declaran a favor de la independencia no hubieran tenido la ocasión de incluir en las últimas elecciones autonómicas un punto específico en el que se dijera eso. Si se hubiera puesto con toda claridad, alguna información nos hubiera aportado. Pero dejemos eso de lado, aceptemos lo que dicen: que hemos de hacer una consulta para saber lo que piensan los catalanes. Claro que, si es para saber lo que piensan, entonces ya no es una consulta para la secesión, porque puede haber diversas opciones. En los últimos tiempos hay quien dice, bueno, como lo que piensan son cosas distintas, no tiene caso preguntar sí o no, porque siempre habrá gente que dirá: «Es que me estás metiendo en un paquete que no me interesa, no me pongas a mí en la opción soberanismo ni en la unionismo». Tanto en Cataluña como fuera de Cataluña, las personas que están a favor de una profunda reforma constitucional no se identifican ni con

una cosa ni con la otra. Si la consulta es para saber lo que piensan los catalanes, ¿seguiría manteniendo este esquema, o cree que tendría sentido, si se tratase de una consulta, abrir el abanico?

Francisco Rubio Llorente

Voy a intentar contestar a las cuestiones que Rafael Jorba ha planteado al filósofo, en términos filosóficos, para darle también una respuesta modestamente filosófica a Manuel Cruz. Como hay algún matemático presente, empezaré por la matemática. Gödel, como saben ustedes, ha demostrado que la matemática no puede demostrar los postulados de los que parte. Lo que Gödel dice, en una frase chusca –que aprendí de un matemático catalán, dicho sea entre paréntesis–, es que la matemática es una ciencia que no sabe de lo que habla ni si lo que dice es verdad. Algo parecido sucede con la democracia. La democracia sólo funciona si hay previamente una decisión no democrática; esto es así de simple. La democracia funciona de acuerdo con la regla de la mayoría y la regla de la mayoría implica un acuerdo previo, en el que todos se ponen de acuerdo en que se va a aceptar la regla de la mayoría. Esto está muy claro en la doctrina pactista de la Ilustración. El pacto social o contrato social implica la unanimidad. Lo cual, dicho sea al hilo, explica la exigencia de que un referéndum de esta naturaleza exija un foro de participación muy alto y un voto favorable muy alto. Porque, como también dijo Rousseau en sus consideraciones sobre el Gobierno de Polonia, las decisiones democráticas deben estar tanto más cerca de la unanimidad cuanto más cerca estén del pacto social. Y la creación de una comunidad política nueva –y eso es lo que implica la secesión– es, en cierto sentido, un pacto social nuevo que crea una comunidad política nueva, antes inexistente.

Eso hace que la equívocidad que Jorba ha denunciado sobre el referéndum y la consulta cobre mucho sentido. Porque si lo que se quiere es la creación de una comunidad política nueva, lo que se pide no es la manifestación de una opción, sino la

afirmación de una voluntad. Y la afirmación de la voluntad no es susceptible de alternativas. Pero, al mismo tiempo, no se habla del referéndum como creación de una comunidad, sino como de una consulta. Si lo que se trata de hacer es una consulta, y una consulta sería lo único que reflejaría razonablemente la pluralidad de opciones presentes dentro de la comunidad catalana, entonces ya estamos ante otra cosa distinta, que exige otros planteamientos distintos, que tienen que ver con lo que he intentado sugerir antes de que quizás las preguntas podrían estar encadenadas, aunque reconozco que es sumamente difícil encadenar preguntas claras.

Todo esto debería ser objeto de discusión y de debate. No es cuestión de si referéndum sí o referéndum no, sino de saber qué es lo que queremos hacer exactamente al dirigirnos directamente al pueblo de Cataluña. Se ha sugerido antes que una posibilidad sería que, en las elecciones al Parlament, todos los partidos políticos incorporasen, si eso es lo que quieren, una opción independentista. Supongo que esa observación va dirigida contra un partido determinado, pero aprovecho esto para decir que, a mi juicio, esa opción de las elecciones plebiscitarias es un puro disparate. En España hemos tenido elecciones plebiscitarias, como por ejemplo las célebres elecciones municipales del 12 de abril de 1931, en la que los partidos se presentaban realmente con la opción monarquía-república. Y eran elecciones municipales, donde los partidos no tenían que ofrecer un programa de Gobierno. Hacer unas elecciones plebiscitarias en las que los partidos tan sólo ofrezcan la opción de independencia o no independencia es entregar al pueblo de Cataluña, atado de pies y manos, a un Parlament cuyos componentes no han dicho qué van a hacer en materia de pensiones, de orden público, de seguridad social, de infraestructuras, etcétera, etcétera. A mi juicio, ésta es una fórmula cualquier cosa menos democrática.

Aparte del artículo de Fradera al que te has referido antes, algo tendría que enseñar sobre los tiempos presentes el libro de Fradera *Colonias para después de un imperio*. Hay un artículo de José Luis Álvarez, publicado también aquí, en Barcelona,

hace algo más de un mes, cuyo título es algo así como «La Cataluña radical». Unas elecciones plebiscitarias son el colmo de la radicalidad, son la renuncia a tomar postura sobre las cosas que hay que hacer cada día, y las cosas importantes que hay que hacer cada día son gobernar.

Manuel Cruz

Quede claro que yo no estaba planteando que unas elecciones plebiscitarias fueran una buena salida. Lo que digo es que hubiera sido bueno para la ciudadanía de Cataluña ir sabiendo, conforme este proceso se ha puesto en marcha y se ha ido incluso acelerando, si ese punto estaba incluido en el programa de cada partido. Estoy de acuerdo contigo en que unas elecciones plebiscitarias no sé qué sentido tienen, pero hubiera sido mejor que en unas elecciones normales los partidos hubieran explicitado ese punto. Porque hay una cosa relevante en lo que está pasando, que es que las formaciones políticas parecen estar renunciado a la iniciativa política y adoptando una actitud en cierto modo subalterna a los movimientos sociales, a los movimientos populares. Queda muy bien decir: «No, yo presto atención a lo que el pueblo dice». Sí, pero, además de prestar atención a lo que el pueblo dice, que está muy bien —sobre todo si se presta atención a todo lo que el pueblo dice, porque el pueblo dice muchas cosas y parece que sólo se escuchan algunas—, las formaciones políticas no pueden renunciar a la responsabilidad de decir: «Éste es mi planteamiento, esto es lo deseable, y si en un momento dado hay sectores de la población que no están a favor, intentaré convencerlos». Percibo cada vez más, por parte de los responsables políticos, un lenguaje de algo así como: «Yo acompañaré al pueblo de Cataluña donde el pueblo de Cataluña quiera». Bueno, pero ¿usted quiere ir a ese lugar? ¿Le parece ése el mejor lugar para ir? ¿No cabe la posibilidad de que usted piense: «Bueno, sectores del pueblo de Cataluña van por ahí, pero yo creo que sería mejor otra cosa?».

Un ejemplo muy claro: mientras que el día 10 de septiembre de 2012 la reivindicación era una, el día 12 era otra, porque el pueblo de Cataluña había hablado. Me parece totalmente legítimo. Pero me da la sensación de que las propuestas políticas deberían mantenerse con un poco más de firmeza. ¿O es que la propuesta del día 10 de septiembre tenía tan poco fundamento?

Francisco Rubio Llorente

Yo no he creído nunca en el espontaneísmo de Rosa Luxemburgo. No se puede uno escudar en el espontaneísmo creador de las masas. El político está para proponer opciones inteligentes, para liderar y ofrecer a la sociedad, en su conjunto, argumentos, para decidir en favor de una u otra opción. No se trata simplemente de ponerse a la cabeza de la manifestación.

El político está para proponer opciones inteligentes, para liderar y ofrecer argumentos. No se trata simplemente de ponerse a la cabeza de la manifestación

Rafael Jorba

Para terminar, sí que quiero plantear una pregunta de periodista al profesor Rubio Llorente. Más allá de la primera, segunda

o tercera vía, ¿es posible retomar la senda de la Constitución que nos dimos en 1978? Me refiero a una puesta al día que incluya el reconocimiento de Cataluña, de los hechos diferenciales, de la asimetría competencial y la simetría de derechos y deberes —que ha explicado literalmente el amigo Juan José López Burniol—, de los instrumentos de matriz federal, con una financiación basada en el principio de ordinalidad, elementos de regeneración democrática, etcétera. ¿Sería ésta una respuesta por elevación que nos permitiría volver a decidir juntos y nos daría la oportunidad de un nuevo comienzo? ¿Es posible?

Teóricamente es posible. Políticamente, no lo sé. Yo estaría a favor. Pero, naturalmente, como España es plural, mi opinión es sólo una entre muchas. Lo que usted está planteando es si una posibilidad que abría la Constitución del 78 quedó obturada o no con la famosa fórmula del café para todos. Dicho de manera simplista, eso es lo que ha planteado. ¿Se puede poner en cuestión esa fórmula ahora? A mí me gustaría que fuera posible hacerlo, porque me parece más adecuada a la realidad que la fórmula contraria. Ahora, eso requiere una capacidad creadora de los dirigentes políticos y la capacidad de suscitar la adhesión de una gran parte de los españoles, cuya opinión es contraria a esa fórmula. No porque se opongan a Cataluña, sino porque se oponen a la desigualdad.

Éste es el problema que venimos arrastrando desde hace muchos años, desde antes de 1978, desde el debate la Constitución del 31 y el célebre discurso de Ortega sobre la emulación y demás. Ése es nuestro problema, un problema en el que estamos atascados desde hace mucho tiempo. Creo que nuestra Constitución hubiera sido distinta si, en lugar de hacerse cuando se hizo, se hubiera hecho después de las leyes británicas de «Devolution» a Escocia y Gales, porque ahí sí que hay un sistema asimétrico. Un sistema, por cierto, no asimilado por todo el pueblo británico, pues durante mucho tiempo se habló de la «West Lothian Motion», una moción presentada en el Parlamento Británico por el representante del distrito de West Lothian en que éste decía que no podía tolerar que los escoceses y los galeses votasen las cuestiones que afectaban a su distrito y que él, en cambio, no pudiera votar sobre lo que les afectaba a ellos. Este problema, esta tensión entre igualdad y diferenciación, es una cuestión muy compleja sobre la que creo que habría que debatir con el fin de intentar por todos los medios darle una solución. Habría que plantear la cuestión en términos estrictamente económicos, o más exactamente fiscales. Es decir, ¿se le puede ofrecer a Cataluña un régimen fiscal como el que tiene el País Vasco? La asi-

metría la tenemos, pues el caso fiscal del País Vasco y Navarra ya implican indudablemente una asimetría. El argumento que se da en contra de esa posible cesión es que el País Vasco representa el 3 o el 4% del PIB, mientras que Cataluña representa el 22%. Pero, desde el punto de vista ético, ése es un argumento poco consistente.

Quizás —y voy a decir cosas gravemente peligrosas— habría que reformular la concepción del sistema de concierto, de los conciertos vasco y navarro, porque creo que entre las obligaciones generales de un Estado contemporáneo, de un Estado del siglo XXI, no están tan sólo la defensa y las relaciones exteriores, sino que está también la Seguridad Social. Entre las contribuciones que una parte del Estado que tiene un régimen de concierto, de convenio, debe hacer a los gastos generales del Estado hay que incluir la Seguridad Social. Eso es así. Eso no quiere decir que esas obligaciones de Seguridad Social no hagan posible, en contra de lo que muy frecuentemente se dice, un régimen diferenciado a partir de un nivel mínimo.

Pero, como les decía a ustedes antes, los problemas económicos no son los únicos problemas existentes. Hay problemas de mucha más difícil solución. Me refiero a problemas que tienen un contenido simbólico. Eso es algo muy difícil de abordar jurídicamente, pero creo que debe ser posible conseguirlo. En todo caso, sin duda vale la pena intentarlo.

Miguel Ángel Aguilar

Lo bueno de los recitales, de las óperas y de las lecciones es que queden cosas pendientes para la próxima ocasión. De manera que, cumpliendo el horario previsto, vamos a levantar la sesión. Muchísimas gracias a los ponentes, a los moderadores, a los anfitriones y a quienes han tenido el detalle de responder a nuestra convocatoria.

BREVES BIOGRAFÍAS

Francisco Rubio Llorente es uno de los juristas más reconocidos de España. Nacido en Berlanga (Badajoz) en 1930, es doctor en Derecho por la Universidad de Colonia y por el Instituto de Estudios Políticos de París.



Inició su carrera docente en la Universidad Central de Venezuela de la mano de Manuel García-Pelayo, con quien colaboraría en la puesta en marcha del Tribunal Constitucional. Ha sido catedrático de Derecho en la Universidad Complutense de Madrid –de la que es emérito–, letrado de las Cortes, secretario general del Congreso de los Diputados, director del Centro de Estudios Constitucionales, magistrado y vicepresidente del Tribunal Constitucional (1980-1992). Entre 2004 y 2012 presidió el Consejo de Estado.

Durante la Transición colaboró en la edificación de la democracia española con una significativa contribución al establecimiento de las normas que rigen nuestro sistema, principalmente la Constitución, en cuya redacción asesoró. Durante los siguientes treinta años contribuyó a la consolidación del sistema democrático con sus aportaciones, primero en el Tribunal Constitucional y después en el Consejo de Estado.

Ha traducido al español a Karl Marx y a Max Weber y es autor de numerosos libros, entre los que destacan *La forma del poder*, *Derechos fundamentales y principios constitucionales* y *Estudios sobre Jurisdicción Constitucional*.

Manuel Cruz es catedrático de Filosofía Contemporánea en la Universidad de Barcelona. Nacido en Barcelona en 1951, ha trabajado como profesor visitante en diversas universidades, tanto europeas como americanas, y ha desarrollado tareas como investigador en el Instituto de Filosofía del CSIC, en Madrid. Autor de más de una veintena de obras (algunas de ellos traducidos a otros idiomas) y compilador de casi idéntico número de volúmenes colectivos, ha sido galardonado con los pre-



mios Anagrama de Ensayo 2005 por su libro *Las malas pasadas del pasado*; Espasa de Ensayo 2010 por *Amo, luego existo*; y Jovellanos de Ensayo 2012 por *Adiós, historia, adiós*. En 2013 ha publicado *Escritos sobre la ciudad (y alrededores)* y *Filósofo de guardia*.

Director de varias colecciones editoriales de pensamiento, también forma parte del consejo de redacción de numerosas revistas de Filosofía, tanto nacionales como extranjeras. Colabora habitualmente en *El País* y en *El Periódico*, además de en los diarios argentinos *Clarín* y *La Nación*, y preside la asociación Federalistas d'Esquerres.



Rafael Jorba es periodista y escritor. Nacido en Igualada (Barcelona) en 1956, ha trabajado en *Mundo Diario*, *El Periódico de Catalunya* y TVE Catalunya, desarrollando la mayor parte de su trayectoria profesional en *La Vanguardia*, diario al que se incorporó en 1990 como corresponsal político y en el que de 1993 a 1996 fue corresponsal

en París. En 1997 fue nombrado subdirector de *La Vanguardia*, cargo que ocupó hasta 2002, y posteriormente coordinó su sección de Opinión y el Consejo Editorial.

De mayo de 2006 a julio de 2010 fue consejero del Consell de l'Audiovisual de Catalunya (CAC) y en 2011 se reincorporó a *La Vanguardia*, dónde mantiene una sección propia, «Café Europa», en la que analiza la política europea. Ha escrito los libros *Catalanisme o nacionalisme: proposta d'una nova laïcitat* (2004) y *La mirada del otro* (2011) y es caballero de la Orden Nacional del Mérito de la República Francesa. En 2013 fue galardonado con el Premio de Periodismo Diario Madrid.

GALERÍA DE IMÁGENES



La presidenta del Parlament de Catalunya, Núria de Gispert, y Javier Solana, entre los asistentes a la segunda jornada del ciclo de diálogos «España plural/Catalunya plural»



Arriba: Xavier Mas de Xàxas, Rosa Paz, Francisco Rubio Llorente, José-Vicente de Juan, Jesús Picatoste, Juan Claudio de Ramón y Miguel Ángel Aguilar / Abajo: La mesa de debate



Rafael Jorba, Manuel Cruz, Miguel Ángel Aguilar y Francisco Rubio Llorente



Arriba: Lluís Foix y Javier Solana / Abajo: Joan Tapia saluda a Francisco Rubio Llorente y a Manuel Cruz

© de la edición:

Fundación Diario Madrid, 2013
Larra, 14; 28004 Madrid
Tel.: 91 594 4821
info@diariomadrid.net
www.diariomadrid.net

Asociación de Periodistas Europeos, 2013
Cedaceros, 11; 28014 Madrid
Tel : 91 429 6869
info@apeuropeos.org
www.apeuropeos.org

© de los textos: sus autores

© de las ilustraciones: sus autores

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de los editores

Edición de textos: Rosa Paz
Fotografías: Miguel Gómez y Jordi Salinas
Diseño y producción editorial: Exilio Gráfico

ISBN: 978-84-615-8828-2

Depósito legal: M-34474-2013

